

# La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 12 DE ABRIL DE 1915

Núm. 1.737



JESUCRISTO DIRIGIÉNDOSE A EMAÚS DESPUÉS DE SU RESURRECCIÓN, cuadro de E. de Gebhardt

El ilustre pintor alemán autor de este cuadro ha cultivado con especial predilección los asuntos bíblicos y lo ha hecho al estilo de los maestros flamencos de los siglos XV y XVI, es decir, presentando a los personajes no con la indumentaria propia de la época en que acaecen los sucesos en los cuales intervienen, sino con la de los mencionados siglos. Tal puede verse en las dos figuras del lienzo que reproducimos y que representa a Jesucristo dirigiéndose a Emaús acompañado de los dos discípulos a quienes se apareció el día de su resurrección.



**Texto.** — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Cruel alternativa*, por Juan B. Enseñat. — *Homenaje a la vejez*. — Madrid. *Colocación de la primera piedra de un nuevo templo*. — *La Jura de la Bandera*. — *La guerra europea*. — *Actualidades teatrales de Madrid y Barcelona*. — *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *Expansión ferroviaria en la América del Sur*. *Los ferrocarriles de Bolivia*. — *Libros enviados a esta Redacción por autores o editores*.

**Grabados.** — *Jesucristo dirigiéndose a Emaús después de su resurrección*, cuadro de E. de Gebhardt. — Dibujo de Martí Cabot, que ilustra el cuento *Cruel alternativa*. — *Máter Dolorosa*. — *La alegría del campo*, cuadro de J. Bartels. — *Crepúsculo*, cuadro de M. Urgell. — *La joven del abanico*, cuadro de J. Brull. — *San Sadurn de Noya*. *Homenaje a la vejez*. — Madrid. *Notas de actualidad*. — *La guerra europea* (cuatro fotografías). — *Actualidades teatrales de Madrid y Barcelona*. — *Expansión ferroviaria en la América del Sur*. *Los ferrocarriles de Bolivia* (cuatro grabados). — *La Anunciación*, pintura de Juan Llimona.

### DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Viajes de políticos, recepciones, banquetes, visitas a fábricas. Primero, Villanueva; después, Suárez Inclán. Ahora el anuncio de la venida de Romanones, de paso para Mallorca; e inmediatamente el de la venida de Dato, para poner unas cuantas primeras piedras. Holgorio, carrozas oficiales, libreas oficiales, discursos oficiales: «la laboriosa Cataluña», «los penachos de humo de las chimeneas, que suben al cielo como holocausto de la civilización a la divinidad», competencia de promesas y concesiones, que llegan a término o no y que algunas veces, después de exprimidas, no pasan más allá del tan socorrido como substancioso «apoyo moral...» Y las fiestas de Semana Santa; y las de Resurrección, luminosas y primaverales; y los teatros que renuevan sus compañías y abren temporada; y las plazas de toros que se colman de espectadores, cada domingo y cada fiesta; y la bendición de Dios en el cielo, en la tibieza del aire, en la luz dorada, en el verde jugoso y tierno de las praderas y los montes.

Parece que los pechos, y la ciudad, y el universo todo se dilatan en una gran diástole, ávidos de existir, con la gula de saborear la vida que se nos viene a la boca, y a las manos, y al alma inundándola de dulce calor y de inconsciente optimismo. Alguien recuerda, de un modo confuso y vago, que ahí, un poco más lejos de la frontera, combaten los hombres en una guerra colosal y nunca vista, ni por el número ni por la extensión ni por la intensidad del estrago ni por el cúmulo y complejidad de intereses a los cuales alcanza la destrucción. ¿Qué importa? La temperatura es tan suave, el sol tan glorioso, el cielo tan azul, la sangre corre tan fluida y regalada en nuestras venas, que la creación nos arrastra en su vital torbellino como ebrios de su encanto y de su fiesta esplendorosa.

A esa acción estimulante y difusa de la naturaleza toda, acompaña la de la vida urbana o civil: los paseos llenos, los autos y coches bruñidos y rutilantes, las tiendas chispeando de luz y de cristales diamantinos, los anuncios de espectáculos vistosos y tentadores, con grandes titulares y manchas de color sugestivas: María Barrientos, Tórtola Valencia...

\* \*

He aquí una artista que, habiendo pasado más o menos inadvertida la primera vez que estuvo en Barcelona, ha tenido ahora, y sigue teniendo, ruidosa consagración, así del gran público como de lo que puede llamarse selección intelectual. Llénase todas las tardes y todas las noches la no muy céntrica Sala Imperio. El espectáculo, compuesto todo de números de «variedades», es, en su conjunto, de una fuerte, profundísima intensidad. Si aquel cuadro se completase con Pastora Imperio, y fuera posible enlazar de una manera coherente a esas funciones la obra de pintores tales como Zuloaga, Sorolla, Anglada, tendríamos tal vez compendiados en el teatro de la calle de la Diputación los más altos valores de la España actual.

Pensábase el otro día, viendo el espectáculo. Las cosas al parecer menos inconsistentes se elevan y acrisolan cultivadas a conciencia. La plenitud de perfección, comunica a toda obra un valer absoluto y en sí mismo. No es tanto de la categoría y rango de los géneros, de las pretensiones y enunciados de la preceptiva, como del ahinco y energía con que son tratados los asuntos, de donde procede su vigor

y eternidad posible. Se ha dicho que la dolencia de España era ésta: falta de densidad en su cultura colectiva, compuesta de islotes y oasis separados unos de otros por extensas lagunas; falta de densidad en la cultura individual, por carencia de método, de continuidad, de preparación suficiente. Flojedad orgánica, en suma, que se pone de manifiesto con mayor evidencia cuanto mayores son también las pretensiones y el objetivo.

Un ejemplo: si nos preguntamos ahora cuál es la más fuerte manifestación literaria del siglo pasado en lengua de Castilla, cuál es la que persiste y flota sobre las eliminaciones del tiempo y de la indiferencia, tendremos que pronunciar este nombre: Larra. Pues bien: ¿qué escribió Larra? ¿Enormes poemas, grandes infolios de filosofía, moles papiráceas de aspecto formidable y de entonación magnífica o solemne? Escribió una novela, que no pasaba de ser una imitación de las de Walter Scott; escribió, con el mismo asunto, un drama que no sobrepuso ni alcanzó apenas a los otros dramas románticos y españoles de su tiempo. Pero si no hubiese dejado más que ese drama y esa novela, y aun varios dramas y novelas del mismo fuste, puede creerse firmemente que el nombre de Larra estaría hoy completamente apagado en la admiración viva de sus compatriotas. Entonces, ¿a qué la debe? A un puñado de articulillos satíricos y de costumbres, género subalterno y sin empaque que, cuando los publicó, ni siquiera tenían casilla ni definición ni reglas en los tratados de retórica. Nada: una bagatela, un recurso para divertir a cuatro badulaques y para llenar las exigencias de una nueva moda, como era entonces la de los papeles públicos.

Por obra de intensidad, por milagro de la máxima tensión y del máximo esfuerzo, el frívolo articulillo, la bagatela de dos al cuarto, recogió más espíritu, más substancia y más emoción que la mitad de todo el resto, llegando a frisar alguna vez con lo sublime y triunfando siempre de la inferioridad y fragilidad aparente del género escogido. Por obra de intensidad también, por milagro de la máxima tensión y del máximo esfuerzo, esas artistas, danzatrizes y juglaresas alcanzan en su línea los más altos valores, de lo cual andan muy lejos en la suya otras encarnaciones o representaciones del genio nacional, de grandes ínfulas y de ostentoso y vacío aparato.

No hablemos todavía del número sobresaliente que motiva esta digresión. Fijémonos en uno de los que le precedían: la Argentina, una bailadora clásica, de estilo irreprochable y gracioso que, además, domina las castañuelas o *palillos* — como veo que se dice en la germanía de espectáculos — en una forma inverosímil. Tengo leída, hace muchos años, la famosa faccía titulada: *Crotología o Arte de tocar las castañuelas*; y ahora confieso que las burlas del fraile socarrón y marrullero que la compuso, pueden aplicarse al método geométrico y la filosofía condillaquista de que pretenden sea parodia, harto más que a las pobres castañuelas, tomadas como término de comparación, irónica o deprimente. Viendo y oyendo a la Argentina, esa ironía desaparece casi del todo, y lo que en el libro se dice en tono zumbón acaba por parecernos exacto, al pie de la letra exacto. No sólo «en el supuesto de que las castañuelas deban tocarse, vale más tocarlas bien que tocarlas mal», sino que, cuando se tocan bien y con la habilidad suprema y definitiva a que me refiero, el crótalo se redime de toda su humildad y bajeza de origen para ofrecernos una sensación de absoluto: la perfección pura y abstracta, conseguida por el máximo esfuerzo, que es confluencia de la vocación, del entusiasmo sostenido y de la plenitud de técnica.

Esos supuestos de la perfección — o competencia, como se la llama ahora — son siempre los mismos, substancial y espiritualmente los mismos, así se apliquen a hacer hablar sobre el tablado dos pedazos cóncavos de madera, como a conducir con pericia un acorazado. Gárrulo y molesto, como croar de ranas, suele ser el ruido de los «palillos»; mas cuando se le convierte en maravilla de gradación y matiz, de ritmo y concordancia con las posturas del cuerpo, y se llega a primores y miniaturas propios de la música *di cámara* o de los más esmerados y selectos concertinos, entonces uno no piensa en la grosería del instrumento, sino en la virtud de las manos que lo hacen trinar y en el trabajo lento, angustioso, tenaz de la educación requerida sólo para poder dar, una tarde, diez minutos de distracción y sorpresa deleitosa al público de los cines.

Con harto menos preparación y fatigas previas suele gobernarse en España; porque así como el más insignificante de los saltos o juegos de trapecio de un acróbata requiere años y años de ensayarse, especializarse y repetirse so pena de romperse el bautismo, y la más leve pirueta o figura de esas bailari-

nas o tonadilleras otro tanto, los políticos y estadistas acostumbran a presentarse hechos y derechos, sin iniciaciones ni aprendizajes como no sean unas cuantas lecturas mejor o peor combinadas y dirigidas. A ese arte, en apariencia ínfimo, de las «variedades» juglarescas le está permitido todo menos la improvisación, y aun son el ejemplo más señalado de especialidad y labor intensiva.

Así esta Tórtola Valencia. Presenta doce a catorce bailes, de los cuales ejecuta tres o cuatro por función, durando cada uno un promedio de ocho o diez minutos. Para esos ocho o diez minutos de cada baile, para los treinta o cuarenta que dura el conjunto de su trabajo, ¡cuántas horas de formación lenta, invisible, no sabida de los públicos! Sale a escena, y nos fascina con una «maja», espectro de una España sombría y amenazante; alta peineta, negra mantilla, ojos negros en las cuencas negras y hondadas, mirada de relámpago, tirabuzones hasta la espalda, falda de un rojo violento como flor de granado; sensación o síntesis de braveza irreductible y de decadencia mortal... Amor sangriento. Goya, Merimée, Zuloaga; Agustina de Aragón. «Vivan las caenas.» Barcos incendiados que se hunden en Cavite, con los restos de un imperio, y pueblo enardecido en la plaza de toros, cuando acaba de llegar el telegrama fatal...

Todo eso gira entre las espirales del remolino rojo, flor de llama y de lividez, pasión y violencia, paloma y harpía. Y luego, bruscamente, otra danza, otra interpretación, otro mundo jeroglífico y remoto: reminiscencias de pinturas sepulcrales, de líneas y escorzos sorprendidos en las piedras faraónicas, de posiciones, asimetrías y apariencias que dejando el muro cuatro veces milenario empezaran a correr por ahí como proyección de una edad extinguida. Y después... ¿A qué seguir? Se necesitaría que volviese a la tierra todo un Teófilo Gautier con su facultad portentosa de *pintar* la pintura y todo lo plástico, y de convertir en género literario, no ya la crítica, sino la descripción y la traducción al lenguaje de todo lo artístico visual; se necesitaría esa vena singularísima, para expresar a Tórtola Valencia por medio de la letra de molde.

Ahora bien: el público impresionado por la sugestión representativa — de tiempo, de raza, de estado pasional — no para mientes en lo que hay de anterior y previo y necesario para esas figuraciones y desdoblamiento: el baile puro, la técnica pura, aun sin el carácter y la interpretación poética, ya son una maravilla. Si Romanones y Dato alcanzaran a gobernar así como baila Tórtola Valencia, es decir, si representasen dentro de su esfera y de la misión que dicen tener encargada valores equivalentes a los de la gentil artista, otro gallo nos cantara y aun podríamos esperar ver resuelto algún día el problema español... Cuestión de competencia, cuestión de técnica, cuestión de entusiasmo contenido y de formación *ad hoc*.

Sin saber por qué, el mundo se va tras de esos casos de suma intensidad. Muchísimas personas a quienes no gusta el baile, ni siquiera el baile de alguna pretensión artística, ríndense al misterioso imperio de esas danzaderas de nuevo cuño que se preparan para tales como nadie lo hiciera ni para obtener en su día una cátedra del doctorado. Se dan todas a su arte minúsculo; se especializan en él; se confunden con él, y el público, creyendo aplaudir el baile o la mímica, lo que aplaude es la voluntad vencedora, y la probidad de ejecutar una tarea modesta poniendo en ella los cinco sentidos y sometiéndola a la ley del esfuerzo máximo.

Quédanle a España pintores de gran fuerza; quédanle algunas de esas danzatrizes y mímicas. Son sus valores universales todavía, cada cual dentro de su campo y de su limitación. Nuestro decaimiento viene alumbrado por apariciones artísticas de esta suerte. Velázquez en tiempo de Felipe IV, cuando empieza la desmembración y la monarquía parece como un hoyo «que es más grande cuanto más tierra sacan de él»; Goya en tiempo de Carlos IV, cuando la corte se fué a Bayona, y se despidió con el papelito de «ahí queda eso y hasta el valle de Josafat»; Sorolla, Zuloaga y algunos más ahora, cuando... Nada. Me olvidaba de que no tengo más espacio. Hagamos punto.

MIGUEL S. OLIVER.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

CRUEL ALTERNATIVA, POR JUAN B. ENSEÑAT, dibujo de N. Martí Cabot



... a una mirada de Amelia, más imperiosa que su intimación, Adolfo abrió la puerta sin prudencia alguna...

La bella y joven viuda Amelia Escudero, después de haber rechazado con enérgica indignación repetidos asaltos intentados contra su honra por Adolfo Noriaga, hombre tenaz, disoluto y vengativo, a quien por último rehusó también su mano, se había casado en segundas nupcias con Pedro Barcia, ingeniero agrónomo, joven pundonoroso, pero de carácter pacífico, amigo y compañero de carrera de Adolfo. Poco días después de la boda, Barcia tuvo que ausentarse para ir a practicar varios servicios agrícola-

las en diferentes comarcas de la región, y Noriaga, que frecuentaba la casa de su amigo, ignorante de sus pretensiones respecto a Amelia, quiso aprovechar la ocasión para tratar nuevamente de vencer la resistencia de ésta, y apelar, si era necesario, a la violencia para satisfacer su pasión, pensando que el interés que tendría su víctima en evitar un escándalo le aseguraba la impunidad.

Una tarde en que Amelia descansaba leyendo en su gabinete, después de haber prevenido a los cri-

dos que no estaba en casa para nadie, Noriaga forzó la consigna diciendo que tenía que comunicar a la señora una carta muy importante de su marido.

Aunque, al anuncio de su visita, sospechó una nueva infamia de aquel hombre abominable, Amelia se levantó para ir a recibirlo en el salón.

Sin rodeos, sin preámbulos, Adolfo le dijo brutalmente que la vida le era insoportable sin la posesión de la mujer que le tenía loco de amor, y que estaba dispuesto a morir y a matar si ella persistía

en rechazarlo. La sorpresa y el espanto formaron un nudo en la garganta de Amelia, y paralizaron los movimientos de todo su cuerpo, impidiéndole imponer silencio a su eterno perseguidor y llamar a los criados para que lo condujesen a la puerta.

En su loco apasionamiento, Noriaga tomó el silencio y la inmovilidad de Amelia por señales de una indecisión próxima al consentimiento, y quiso precipitar la caída de aquella mujer tan fieramente codiciada abrazándose a ella y besándola con todo el fuego de su pasión.

Al contacto de sus labios, se estremeció Amelia, que recobró al momento todas sus facultades.

— ¡Miserable!, dijo en voz baja con reconcentrado odio a Adolfo, desprendiéndose bruscamente de sus brazos.

Y se precipitó hacia el timbre para llamar.

Mas detúvose de pronto, y en vez de apretar el botón eléctrico, entró rápidamente en una estancia inmediata, cerrando tras sí la puerta con cerrojo.

Acababa de tener la rápida comprensión de que haciendo echar de casa por los criados al amigo de su esposo, provocaría un escándalo irremediable, cuyas consecuencias era imposible calcular.

Noriaga, despechado, furioso, tuvo tentaciones de forzar la puerta; pero un resto de prudencia lo detuvo, y se retiró procurando disimular su ira.

Pocos días después, regresó Barcia, y Amelia se encontró en la cruel alternativa de poner a su esposo al corriente de la infame persecución de su amigo, o guardar el secreto.

Ambas cosas se le presentaban llenas de sobresaltos, inquietudes y peligros.

En el primer caso, era indudable la provocación en duelo de Barcia a Noriaga; el peligro de que Pedro, desconocedor del manejo de las armas, saliese mal librado del lance, si no hallaba en él la muerte; el escándalo inevitable, en que el lodo de la maldicencia y de la duda salpican la reputación de una mujer honrada; la felicidad destruida. En el segundo caso, el secreto implicaba la angustia del disimulo eterno, el temor de que si el hecho se descubre algún día, se atribuya el silencio a culpabilidad; la terrible necesidad de soportar la presencia probable del odioso perseguidor; el peligro de que éste aceche toda ocasión oportuna para repetir sus infames tentativas; una existencia imposible, más espantosa que la muerte.

Sin embargo, dispuesta a sacrificarse por su esposo, prevaleció en su espíritu la idea de evitarle todo peligro, y optó por guardar el secreto.

Desde aquel día, la vida de Amelia es un martirio, tanto más cruel cuanto que la infeliz se ve obligada a disimular la angustia que le tortura el alma.

Tiene que devorar a solas su dolor y su inquietud. Para ella se acabaron las alegrías, las expansiones, la paz interior.

Así lo ha querido la fatalidad.

Ya no se abandonará franca y confiadamente a los inefables goces de la vida conyugal.

Sin embargo, tiene que fingir confianza y alegría para que Pedro no sospeche aquella horrible aventura. Así evita los tres escollos de la explicación: la acción judicial, el duelo o la sospecha.

Y aparenta vivir feliz.

¡Oh ironía de la suerte! Su aparente felicidad oculta secretos sobresaltos y terrores.

El recuerdo de aquel hombre brutal la persigue constantemente. Es una obsesión espantosa.

Sueña todas las noches que su perseguidor la acusa, y despierta con sobresalto de aquellas pesadillas que la dejan jadeante y convulsa.

Y tiene que mentir a su marido que le pregunta la causa de aquellos trastornos.

Y como la mentira le repugna, su conciencia se subleva contra su propia falsedad.

Lucha moral que se agrega a las demás luchas de su atormentada vida; refinado suplicio que turba su honradez.

Pero al menos se ve libre de la presencia del hombre odiado. Seguramente no se atreverá Noriaga a poner los pies en casa del amigo a quien ha hecho traición. Vana esperanza. El monstruo vuelve. En vista de que no le perseguían en justicia ni

le provocaban en duelo ni tomaban venganza ninguna de su agravio, pensó:

«Amelia no ha dicho nada. ¡Son tan enigmáticas las mujeres! Su conquista es cuestión de oportunidad. Muchas que no quieren rendirse, desean que

tera de lo que ha pasado; y en la vida de ternura y de sacrificio, en todo lo que su esposa ha intentado para hacerle feliz, él no ve más que astucia, perjurio y mentira. Y como es hombre de una entereza inflexible y de un pundonor exaltado, se suicida o la mata.

Una confesión tardía puede determinar una catástrofe.

¿No hubiera sido preferible declarárselo todo a Pedro inmediatamente después de la aventura? ¿No hubiese podido evitar el duelo que ella de pronto había creído inevitable, exigiendo de su esposo, en cambio de la revelación, la promesa de no batirse con Noriaga, y de contentarse con suprimir toda relación con él y cerrarle la puerta de la casa? Ahora se arrepentía de haber guardado el secreto.

Cada domingo, los Escudero reunían en su casa a un par de familias de su intimidad, que pasaban la tarde conversando, haciendo música o jugando al tresillo.

Durante el eclipse de Noriaga, estas pequeñas reuniones, que distraían a Amelia de sus sufrimientos morales, fueron sumamente agradables para ella; pero desde la reaparición del monstruo, que no deja de asistir a ninguna, son nueva causa de angustias y zozobras.

Una tarde en que Barcia jugaba al tresillo en el salón y Amelia se encontraba sola en el comedor preparando el te que solía ofrecer a sus tertulios, Adolfo aprovechó la coyuntura para acercarse a ella, decirle que la amaba con una pasión cada vez más indomable y amenazarla con una catástrofe si no acudía a una cita que le dió.

— La catástrofe la provocaré yo misma en el acto, si no sale usted inmediatamente de esta casa, replicó ella en voz baja, pero con una increíble energía.

Noriaga, que en el fondo era un cobarde, quedó desconcertado

ante la resuelta actitud de Amelia. Trató de reducirla, pero a una mirada de la joven, más imperiosa que su intimación, abrió la puerta sin prudencia alguna, disimuló su rabia lo mejor que pudo, cruzó el salón, cogió su sombrero, saludó a todo el mundo, diciendo que un fuerte dolor de cabeza le obligaba a retirarse, y se marchó.

Barcia, a quien había sorprendido la brusca retirada de Adolfo, vió desde su mesa de juego a Amelia, pálida y rígida en medio del comedor, y sospechó que algo había pasado entre su esposa y su amigo.

Tan pronto como Amelia se encontró sola con su marido, prorrumpió en sollozos y se le echó al cuello.

— ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?, le preguntó Pedro.

— ¡Ah! No puedo ocultártelo por más tiempo... Ese miserable... Noriaga...

— Sí, sí, bien adiviné que algo de suma gravedad había pasado entre tú y él. Explícamelo todo.

Amelia le refiere las instancias y persecuciones de Adolfo, su petición de mano desechada, sus infames proposiciones, su brutal acometida, todo lo que ella ha sufrido a causa de aquel hombre abominable.

Pedro la abraza, procura tranquilizarla prodigándole palabras de consuelo, y se dispone a salir.

— ¿Adónde vas?, exclama ella. Temo por ti.

— Quiero vengarte... Necesito matar a ese hombre.

Al día siguiente, a pesar de las súplicas de su esposa, Pedro se bate con Adolfo.

Mientras tanto, ¡qué horas de angustia pasa la pobre Amelia!

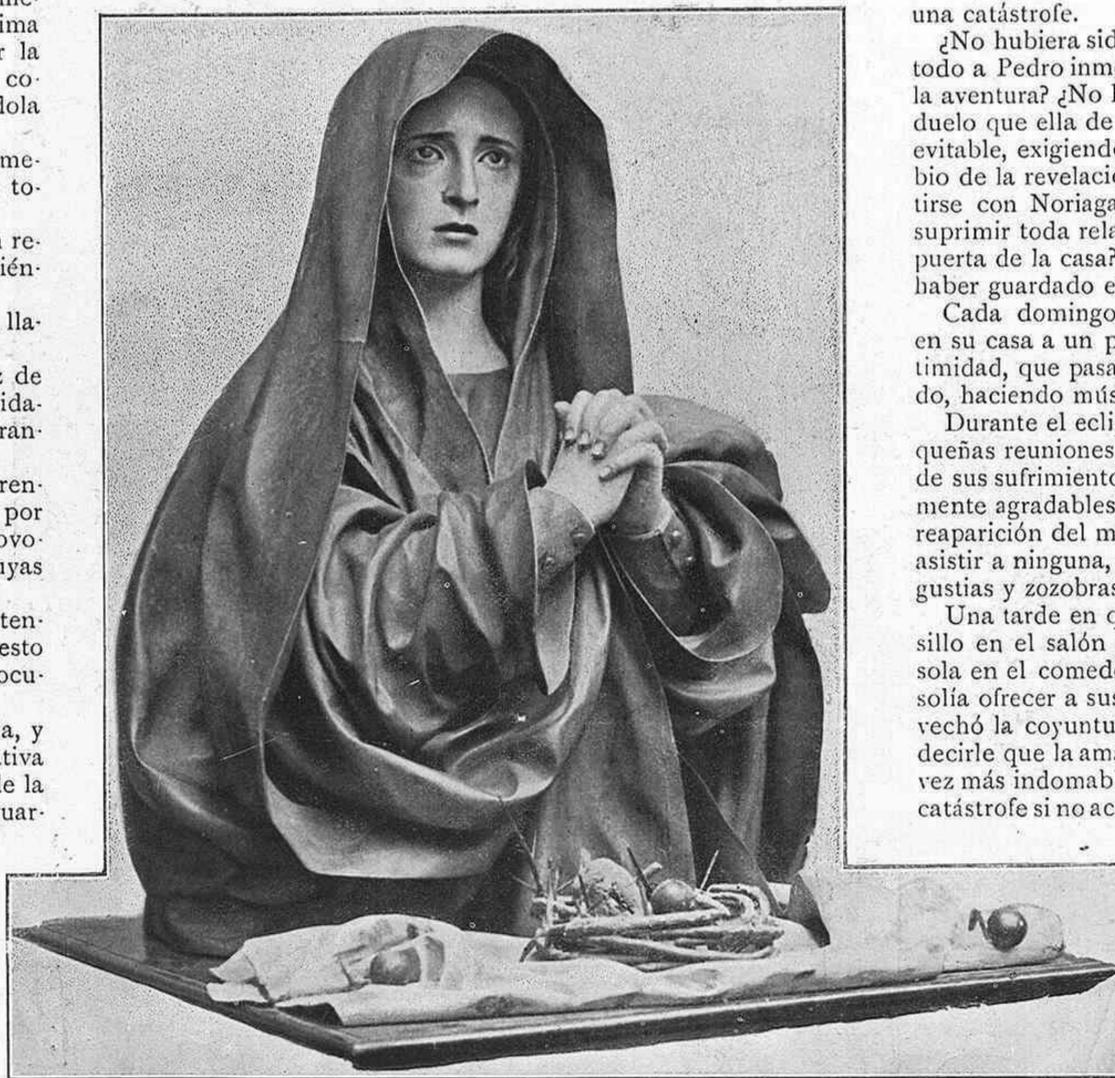
«Si muere mi esposo, moriré yo también», piensa la infeliz.

Pedro vuelve; no está herido. Al contrario; Noriaga es el que ha salido del lance con un sablazo en la cabeza, como suelen darlos a ciegas los que nunca han manejado un arma. El autor de tantas infamias queda castigado.

— ¿Por qué desconfiaste de mí? La buena esposa debe tener siempre confianza en su marido.

— ¡Pedro mío!, exclamó ella arrojándose en sus brazos; reconozco mi culpa, tan cruelmente expiada.

Y ambos lloraron de alegría, dispuestos a olvidar lo pasado. Una nueva vida, radiante de felicidad, se abría para ellos.



**Máter Dolorosa**, imagen que fué regalada a Santa Teresa de Jesús por el primer Duque de Alba y que se conserva en el convento de las Madres Carmelitas de Alba de Tormes. (Fotografía de Santandreu y Vasallo.)

se las tome por asalto. ¿Quién sabe si ésta me ama, a pesar de su resistencia?»

Y ha vuelto obsequioso «a presentarle sus respetos». Y estrecha la mano del marido delante de ella. Menudea sus visitas con el pretexto de consultar varios negocios con su amigo, y en realidad con la esperanza de encontrar sola a Amelia un día u otro.

Ésta adivina los designios de Adolfo, ve el peli-



**La alegría del campo**, cuadro de Juan Bartels (Exposición de Bellas Artes de Múnich. 1914.)

gro que la amenaza de cerca, y se pregunta si no ha llegado el momento de revelárselo todo a su esposo.

No, menos que nunca. Ahora les tiene miedo a los dos. Su imaginación se exalta y forja dramas terribles. Por un incidente fortuito, de esos que hacen descubrir las faltas y los crímenes, el marido se en-



CREPÚSCULO cuadro de Modesto Urgell. (Exposición de la Sociedad Artística y Literaria. - Fotografía de F. Serra.)

Como todos los cuadros del celebrado artista, nos ofrece este *Crepúsculo* una nota de melancólica poesía que impresiona dulcemente el ánimo de quien lo contempla. Urgell es un verdadero maestro especialista en esos bellísimos paisajes envueltos en las primeras sombras del atardecer, cuando la naturaleza toda se recoge para el reposo, poco a poco cesan los ruidos del día, invaden los campos la soledad y el silencio majestuosos de la noche.



LA JOVEN DEL ABANICO, notable cuadro del malogrado pintor J. Brull

Brull, a quien la muerte arrebató en la flor de su vida, cuando comenzaba a saborear los goces de la gloria, fué un verdadero pintor poeta que como pocos supo trasladar al lienzo las figuras de adolescentes gráciles y delicadas. Sus rostros femeninos tienen una dulzura de expresión encantadora y están ejecutados con una suavidad que sólo pueden imprimir en sus obras los espíritus escogidos y los artistas privilegiados cuya mano se mueve a impulso de grandes ideales.



**San Sadurn de Noya. Homenaje a la vejez**  
Llegada de las autoridades e invitados a la poblacion

**HOMENAJE A LA VEJEZ**

La Junta Directiva de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros, de Barcelona, acordó celebrar anualmente una fiesta pública para enaltecer a los veteranos del trabajo, infundir amor y respeto a los viejos, y propagar la idea de la previsión y del ahorro durante la juventud a fin de preparar una buena vejez a los obreros desvalidos.

Para la celebración de la primera de estas fiestas, eligióse con muy buen acuerdo la villa de San Sadurn de Noya, cu-

de la misma. Luego el Sr. Moragas leyó los acuerdos adoptados por la Junta Directiva de la Caja instituyendo los homenajes anuales a la vejez y destinando a este objeto 20.000 pesetas; expuso el pensamiento de la nueva institución y las orientaciones de la Caja de Pensiones; dedicó un entusiasta elogio a la villa de San Sadurn y terminó con sentidos párrafos, presentando a los viejos que iban a ser premiados como símbolo y enseñanza para los jóvenes.

Acto seguido procedióse al reparto de los premios, terminado el cual pronunciaron elocuentes discursos los señores Llobera, teniente de alcalde de San Sadurn; Canela, diputado provincial por Balaguer; Maluquer, en representación del Instituto Nacional de Previsión, Ferrer y Vidal, y Andrade.

Con esto dióse por terminada la fiesta que resultó en extremo simpática y que impresionó profundamente a todos cuantos a ella concurrieron.

**MADRID. - COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE UN NUEVO TEMPLO**

Con gran solemnidad se ha efectuado la ceremonia de colocar la primera piedra de la nueva iglesia del Santo Cristo de la Salud que se levantará en un solar de la calle de Ayala. Asistieron al acto SS. MM. los Reyes D. Alfonso y D.ª Victoria, SS. AA. los infantes D. Carlos y D. Fernando y las infantas D.ª Isabel y D.ª María Luisa, los obispos de Madrid-Alcalá y de Sión, el jefe del Gobierno, las autoridades y una escogida y numerosa concurrencia.

Salud para allegar fondos con destino al nuevo templo, y del Sr. Cabello explicando cómo será la nueva iglesia, el obispo de Madrid-Alcalá bendijo la primera piedra que, una vez colocada, recibió paletadas de argamasa de SS. MM. y AA., de las autoridades y de otras personalidades distinguidas, y luego se firmó el acta, haciéndolo primero los Reyes e Infantes y después los demás asistentes por orden de categorías.

Terminada la ceremonia, se retiraron las Reales personas, que fueron objeto de grandes manifestaciones de cariño.

**MADRID. - LA JURA DE LA BANDERA**

Con gran solemnidad se celebró el día 8 del actual la Jura de la Bandera en la corte. El acto se efectuó en la Castellana, en donde desde las primeras horas de la mañana hallábase reunido un público numerosísimo.

A las nueve estaban ya formadas las tropas y a las diez llegó



**La presidencia en el solemne acto de reparto de premios**

Los ancianos Mariano Santacana (1) y María Corulla (2) premiados con una pensión vitalicia de una peseta diaria. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

S. M. el Rey, seguido de un brillante Estado Mayor, e inmediatamente pasó revista, mientras las demás personas de la Real familia ocupaban la tribuna a ellas destinada.

En el altar levantado en la plaza de Castelar, y en el que había la imagen de San Fernando, el teniente vicario castrense dijo la misa, durante la cual tocaron escogidas piezas las bandas del regimiento de Infantería del Rey y del regimiento de Ingenieros.

Terminada la misa, el obispo de Sión bendijo las banderas, tomando luego el juramento a los reclutas, quienes después de haber jurado besaron la cruz formada por la espada y la bandera.

Concluida la ceremonia de la jura, el Rey y las demás personas de la Real familia pasaron a otra tribuna para presenciar el desfile; en la misma tribuna estaban todo el gobierno, el presidente del Congreso Sr. González Besada, y las autoridades civiles y militares. El monarca, seguido de su escolta y de su Estado Mayor, situóse a la derecha de la tribuna y en seguida dió principio el desfile, que resultó brillantísimo.

En la revista tomaron parte 10.000 hombres.



**Madrid. - S. M. el Rey D. Alfonso XIII firmando el acta de la colocación de la primera piedra de la nueva iglesia del Santo Cristo de la Salud.** (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

yos habitantes, correspondiendo a la iniciativa de un benemérito patricio, D. Oriol Marrugat, son todos imponentes de la mencionada Caja, y cuyo Ayuntamiento contribuyó a tan hermosa obra encabezando con tres pesetas una libreta para cada vecino de la población.

Celebróse la fiesta el día 5 del actual y para asistir a ella salieron de Barcelona el gobernador civil, que ostentaba la representación de S. M. el Rey, el obispo de esta diócesis, representantes de la Diputación provincial, del alcalde y del capitán general, el delegado de Hacienda, el diputado a Cortes D. José Zulueta, el presidente y el director de la Caja de Pensiones, señores Ferrer y Vidal (D. Luis) y Moragas, y otras personalidades distinguidas.

Los expedicionarios fueron recibidos en San Sadurn por el Ayuntamiento presidido por el alcalde Sr. Sala, autoridades y una muchedumbre numerosa, y se trasladaron a la plaza de la Constitución, en donde había representaciones de varias entidades agrícolas, comerciales, sociedades corales, una banda de música y un gentío enorme. Después de los saludos de rúbrica, organizóse la comitiva que se dirigió a la iglesia parroquial, en la que se celebró un solemne oficio, pronunciando un hermoso sermón el obispo electo de Gerona Dr. Más, quien ensalzó la caridad y la obra noble y altruista que realiza la Caja de Pensiones.

Terminado el oficio, efectuóse en el Ateneo Agrícola un banquete al que concurrieron 200 comensales y en el que pronunciaron elocuentes brindis el Sr. Zulueta, el gobernador civil Sr. Andrade y el obispo Dr. Reig.

Después de la comida, se celebró en la plaza Nueva la solemne sesión de homenaje a la vejez, ocupando la presidencia las autoridades y al lado de éstas un anciano y una anciana, en representación de los demás premiados. Abierto el acto por el Sr. Andrade, el alcalde Sr. Sala pronunció sentidas frases explicando la génesis de la fiesta y la alta significación

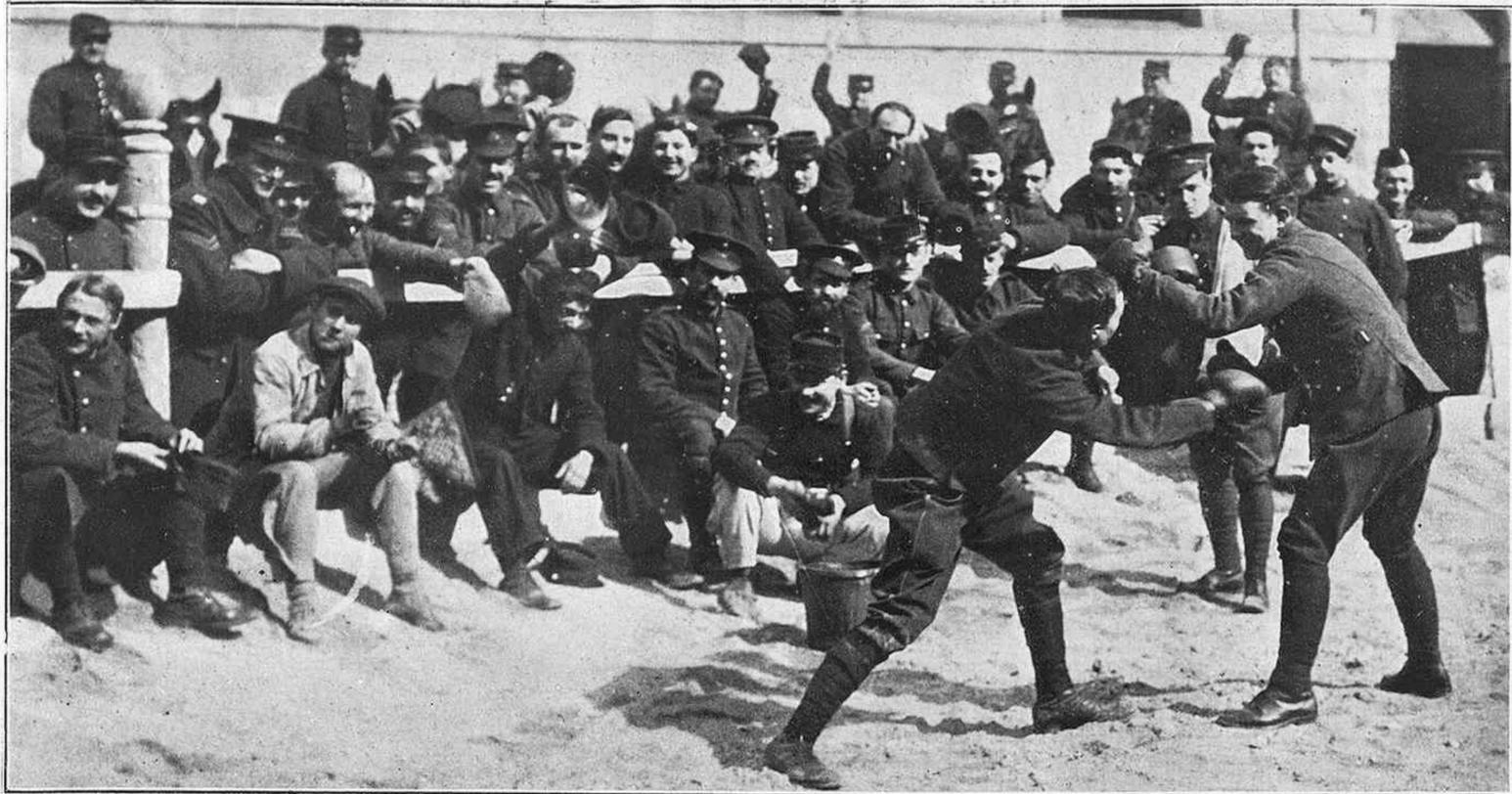


**Madrid. La Jura de la Bandera. - S. M. el Rey y su Estado Mayor presenciando la Jura** (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Después de los discursos pronunciados por el conde de Casal, relatando los esfuerzos de la Congregación del Cristo de la

Después que en la tribuna se hubo servido un *lunch* a las Reales personas, éstas regresaron a Palacio.

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de Press Photographic Agency y Branger.)



Soldados convalecientes que han de ser enviados nuevamente al frente de batalla. — Un soldado inglés y otro francés boxeando en presencia de sus compañeros

En el teatro de la guerra del Oeste continúa con escasas variaciones la situación estacionaria que reina en él desde hace algunos meses; y aunque nada importante ha sucedido allí en estos últimos días, por no interrumpir nuestra costumbre anotaremos lo más saliente de los partes oficiales de ambos ejércitos beligerantes.

Los franceses han ocupado los pueblos de Fey-en-Haye y de Regnieville, al Oeste del bosque de Le Pretre; han tomado varias trincheras en esta misma región y otras más en el bosque de Ailly, al Sudeste de Saint-Mihiel; han obligado, al Norte de este último punto, a los alemanes a evacuar el pueblo de Hendicourt; han destruído por medio de minas algunas trincheras al Sur de Peronne; han realizado algunos progresos en el Woewre; y han rechazado los ataques del enemigo en diversos sitios del frente.

Los alemanes han tomado cerca de Dixmude un convento, una aldea y un punto estratégico, que en vano intentaron luego recuperar los belgas; confiesan haber perdido parte de una trinchera avanzada en el bosque de Le Pretre, pero, en cambio, afirman haber ganado terreno, por medio de minas, en el propio bosque; y han rechazado varios ataques franceses al Oeste de Pont-a-Moussón, al Este de Regnieville, en el bosque de Priset y en las alturas situadas cerca del bajo Anspach, al Oeste de Mulhouse.

En el teatro de la guerra del Este, prosigue la lucha encarnizada en la región de los Cárpatos, en donde se libran continuos y sangrientos combates. Los austriacos dicen haber rechazado los ataques rusos dirigidos contra los principales desfiladeros y ocupado algunas posiciones enemigas en las vertientes del valle de Laboreza; pero al propio tiempo reconocen que ante los considerables refuerzos recibidos por los rusos, las tropas que estaban en peligro a ambos lados del río Cisna se vieron obligadas a retroceder un poco. Los partes alemanes consignan que los rusos han sido rechazados en los alrededores

de Tauroggen y cerca de Krasnopol; que al Norte de Mémel todo el territorio fronterizo de la Prusia oriental ha quedado limpio de enemigos; y que los rusos, que consiguieron avanzar en el bosque de Augustow hacia las posiciones alemanas, hubieron de retirarse, ante un contraataque, al bosque y a la región de los lagos. Los rusos, por su parte, dicen que cerca de Krasnopol han obligado a los alemanes a replegarse rápidamente; que han obtenido una victoria sensacional en la Lituania; que al Oeste de Sinno (Nordeste de Polonia) los alemanes han comenzado una rápida retirada, siendo perseguidos de cerca y castigados durísimamente, y en la región de Suwalki han sido rechazados; y que en los Cárpatos prosigue con éxito su ofensiva, habiendo

la vía. Los serbios, inferiores en número, se resistieron heroicamente y pidieron el envío urgente de socorros; cuando llegaron éstos trabóse violento combate que terminó con la derrota y persecución de los búlgaros. El gobierno serbio envió al búlgaro una queja pidiendo el castigo de los agresores, y el gabinete de Sofía ha contestado negando que los hechos sucedieran en la forma por aquél relatada y dando de ellos una versión completamente distinta, según la cual los agresores de los serbios fueron los habitantes de los pueblos turcos de la región de Valandovo y Oudoro que cansados de los malos tratos de las autoridades serbias se sublevaron, mataron a los gendarmes y después de haber resistido un día entero a las tropas contra ellos enviadas, se refugiaron, en número de 6.000, en las poblaciones búlgaras de Zleschevo y Tchapeli. En su contestación añade el gobierno búlgaro que, ante el peligro de nuevos ataques de los turcos, ha dado orden de vigilar y si es necesario proteger los puestos serbios amenazados; que sólo se trata de un asunto interior que interesa exclusivamente a Serbia; y que Bulgaria se ha limitado a prestar amparo a una población perseguida. La nota termina excitando al gobierno serbio a que evite que, con motivo de la persecución de los turcos, se viole el territorio búlgaro, como en varias ocasiones ha sucedido, pues ello podría ocasionar consecuencias en extremo graves.



En el frente de batalla del Norte de Francia. — Soldados escoceses dirigiéndose a las trincheras para relevar a sus camaradas. El primero de la derecha toca la armónica para marcar el paso a la compañía

rechazado todos los ataques austriacos, progresado hacia Baligrod, ocupado algunas alturas, desalojado a los austriacos de todas sus trincheras de la región de Volia-Mitchowa-Lutoviska, entre los desfiladeros de Lupkow y Uzoek, y tomado la cordillera principal de los Beskides.

Una partida compuesta de *comitadjis* búlgaros atacó el día 1.º de este mes la línea férrea en dirección al Norte de Strumitza dirigiendo su fuego contra el puesto serbio encargado de la defensa de aque-

Bahr, desde el interior del estrecho, y al de las posiciones turcas de Galipoli, desde el golfo de Saros. El crucero turco *Medjidie* que iba en busca de dragaminas rusos, en el golfo de Odesa, chocó con una mina y se fué a pique; la tripulación fué salvada por otros barcos turcos. El presidente de la República Sr. Poincaré ha visitado recientemente la línea de batalla en la Champaña y en el Argona, recorriendo las posiciones últimamente conquistadas en aquellas regiones.

Las operaciones en los Dardanelos se han reducido a un bombardeo del fuerte de Kilid

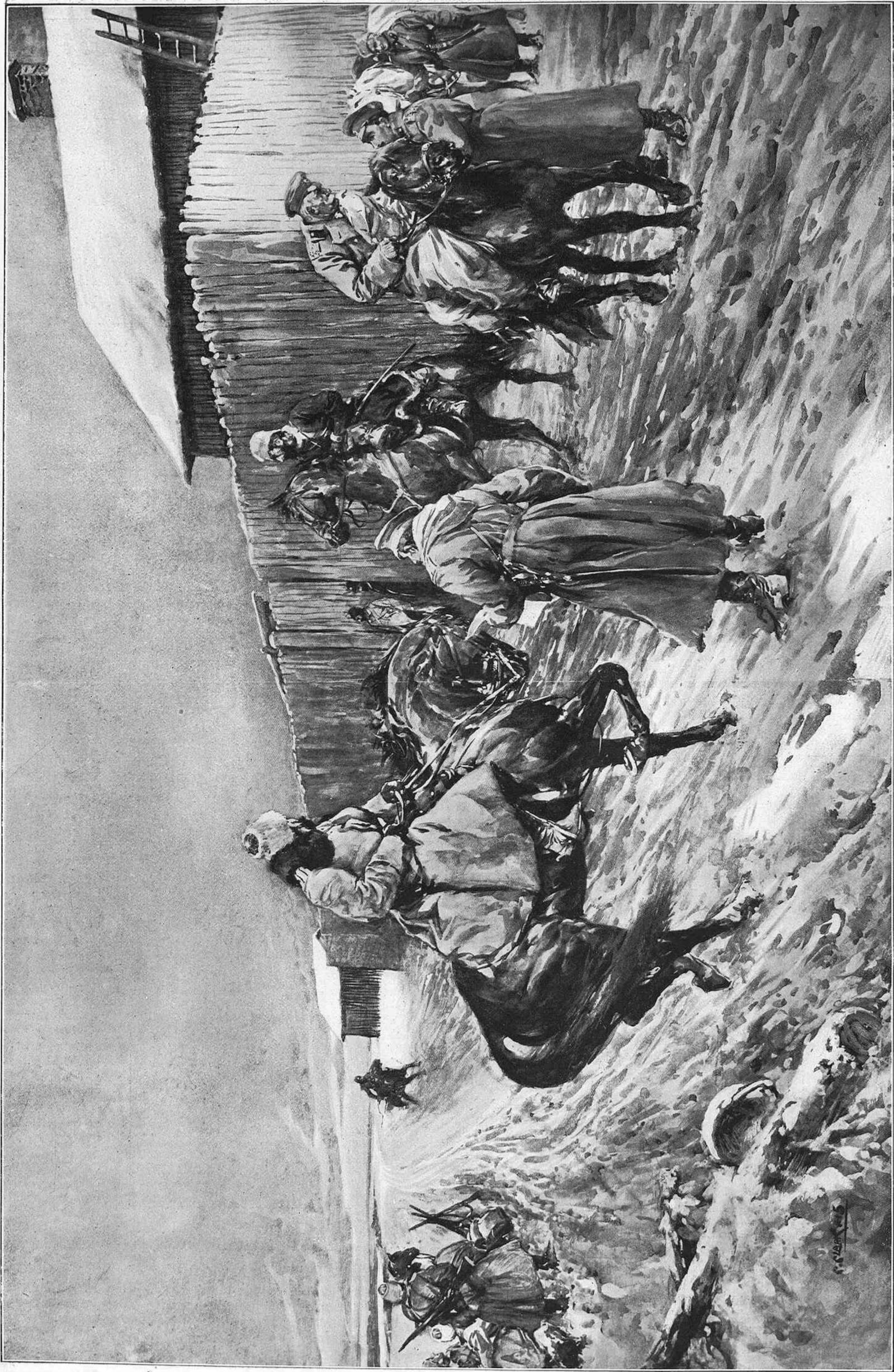
Las operaciones en los Dardanelos se han reducido a un bombardeo del fuerte de Kilid

Bahr, desde el interior del estrecho, y al de las posiciones turcas de Galipoli, desde el golfo de Saros.

El crucero turco *Medjidie* que iba en busca de dragaminas rusos, en el golfo de Odesa, chocó con una mina y se fué a pique; la tripulación fué salvada por otros barcos turcos.

El presidente de la República Sr. Poincaré ha visitado recientemente la línea de batalla en la Champaña y en el Argona, recorriendo las posiciones últimamente conquistadas en aquellas regiones.

LA GUERRA EN POLONIA. - EN UN CUARTEL GENERAL RUSO DE LAS CERCANÍAS DE VARSOVIA



Llegada de un correo militar a una de las líneas rusas del Sur de Varsovia, dibujo de Cristóbal Clark. (Reproducción autorizada.)

En uno de los interminables caminos de la Polonia rusa y junto a una de esas casas de posta características de aquellas desoladas comarcas, en donde tan difíciles son las comunicaciones, un grupo de oficiales rusos pertenecientes a un cuartel general recibe un correo militar que desde el campo de batalla envían al general en jefe. La escena resulta en extremo pintoresca y el artista ha sabido reproducirla con todo el vigor de la realidad, dando perfecta idea de lo que deben ser esos episodios de la vida de campaña



LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA. - Fugitivos de Galicia refugiados en la Bolsa de Granos de Viena, dibujo de W. Gause. (Reproducción autorizada.)

Así como los belgas han visto invadido su territorio por los alemanes, los austríacos de Galicia han tenido que abandonar el suyo ante la invasión de los rusos. Muchos de ellos se han refugiado en Viena, en donde han sido albergados en varios e dificios públicos y son atendidos con especial solicitud por las numerosas instituciones benéficas en aquella capital establecidas con motivo de la guerra. El adjunto grabado representa la hora del desayuno de los acogidos en la Bolsa de los Granos



Madrid. - Una escena de *La marcha nupcial*, comedia en cuatro actos de E. Bataille, traducida por Alfonso Danvila, estrenada en el Teatro de la Princesa

MADRID. - ACTUALIDADES TEATRALES

Para su presentación en el Teatro de la Princesa durante la presente temporada, escogió la eminente actriz Margarita Xirgu la comedia francesa de Enrique Bataille *La marcha nupcial*, obra ya conocida del público madrileño por haberla representado una compañía italiana, y una de las más imperfectas

recibió de una señorita a quien servía de camarera. La señorita se ha casado con un marqués, que la adora, y es muy feliz; la bella *Pinguito*, en venganza del agravio recibido se propone destruir aquella felicidad y al efecto seduce al marido, y concierda con éste una expedición a Aranjuez y envía a la esposa un anónimo denunciándole la infidelidad del marqués y diciéndole dónde podrá sorprenderlo. De ello se ha enterado también Poli, un estudiante de medicina locamente enamorado de la bella *Pinguito* y a quien ésta ama sinceramente. Poli acude a Aranjuez y al ver a su amada con el aristócrata, arrójase desesperado delante del auto que conduce a éstos y que lo mata. La bella *Pinguito*, en vez de saborear su venganza, siente el dolor y el remordimiento de haber ocasionado la muerte del único hombre a quien de veras amó. Nieves Suárez obtuvo un triunfo en la interpretación de la bella *Pinguito* y con ella compartieron los aplausos, además del autor, las señoras Ruiz y Blanco, la señorita León y los señores Maximino, Sepúlveda y Mendiguchía.



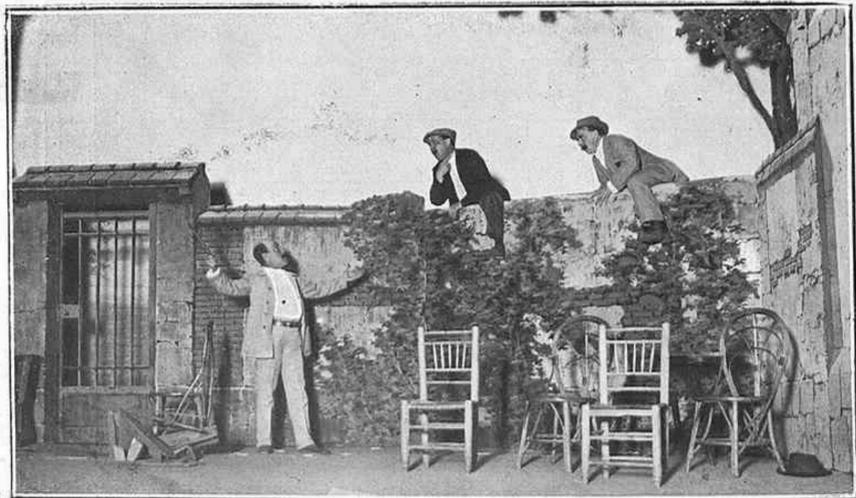
Madrid. - Una escena de *La bella Pinguito*, comedia en tres actos de Ceferino Palencia, estrenada en Trianón-Palace.

de tan celebrado autor. Es una creación artificiosa con rasgos de melodrama y aun de folletín que sólo puede aceptarse cuando la interpreta una actriz genial como nuestra compatriota. Margarita Xirgu interpretó el papel de la protagonista de una manera magistral, habiéndola secundado con mucho acierto el primer actor Sr. Puga, las señoritas Ortiz y Alvarez Segura y el Sr. Rivero.

*La bella Pinguito*, de Ceferino Palencia, es una comedia interesante, de acción perfectamente desarrollada, en la que

Paso y Abati, que tantos éxitos llevan conseguidos en el teatro, han alcanzado uno nuevo con su juguete cómico *Mi querido Pepe*. La obra apenas tiene argumento, pues éste se reduce a pintar las molestias y disgustos que a un pobre hombre bueno, sufrido y sin voluntad propia, causan las oficiosidades de sus amigos; pero abunda en situaciones cómicas y en chistes de todas clases y el público pasa un rato agradable y divertido. En la ejecución de la obra sobresalen Irene Alba y Simó Raso, distinguiéndose también la señora Toscano y los señores Aguirre, Molinero y Marchante.

El autor de *La Pandoreta* se ha propuesto demostrar que si en España hay



Madrid. - Una escena de *Mi querido Pepe*, juguete cómico en dos actos de los Sres. Paso y Abati, estrenado en el Teatro Cómico

se admiran una profunda observación, un gran conocimiento del corazón humano y un acertado estudio de los caracteres.

los hay también en otras naciones que se citan como modelo de civilización; y para ello hace desfilar ante los ojos del pú-

blico, primero, una serie de cuadros típicos españoles, y después otra porción de escenas no menos típicas que se desenvuelven en la ciudad de Nueva York. Los maestros Jiménez y Lleó han compuesto unos cuantos números inspiradísimos para esta obra, que ha sido puesta en escena con gran lujo y en la que han conseguido aplausos las Srtas. Andrés, Mayendía, Leonis y Domínguez, y los Sres. Ortas, Rufart y Moncayo.

*El gavián*, una de las mejores comedias del célebre drama-



Madrid. - Una escena de *La Pandoreta*, fantasía cómico-lírica en un acto, letra de Fiacro Irayoz y música de los maestros Jiménez y Lleó, estrenada en el Teatro Apolo

turgo francés Francisco de Croisset, es una obra que interesa y conmueve, y que está compuesta con verdadera maestría. Mauricio, locamente enamorado de su esposa Mariana, recurre a las fullerías del juego a fin de lograr para ella cuanto la



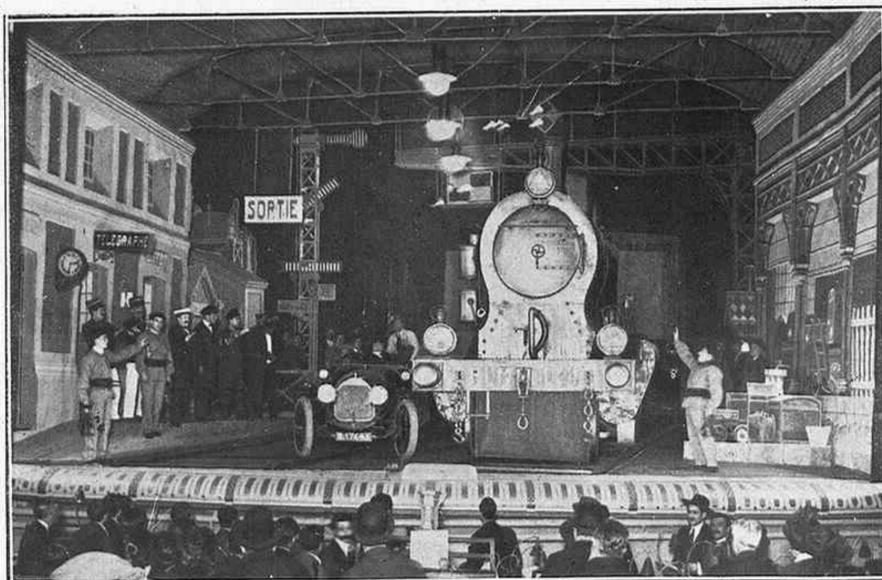
mujer más mimada pudiera desear, aventurándose a comprometer así su posición y su nombre. Mariana, sin embargo, llega a sentir cariño por otro hombre y propone a su marido el divorcio, que aquél rechaza indignado; pero al saber que todo cuanto Mauricio ha hecho en su accidentada vida lo ha hecho sólo para no perder su amor, lo perdona y no se separa ya de él. Las Srtas. Pérez Vargas, Robles y Carbone, y los Sres. Bonafé, González, Asquerino, Zorrilla y Romea son excelentes intérpretes de *El gavián*. (Fots. J. Vidal.)

BARCELONA. - ESTRENO DE «PLASTIC-FILMS»

En el Teatro de Novedades se ha estrenado con mucho éxito esta revista, letra de los Sres. Jordá y Soler Rovirosa, y música del maestro Vives. El argumento es un pretexto, por decirlo así, para presentar una serie de cuadros de gran variedad y riqueza en los que aparecen

Madrid. - Una escena de *El Gavián*, comedia en tres actos de Francisco de Croisset, traducida por Salvador Aragón, estrenada en el Teatro de la Comedia.

los personajes más populares de las películas cinematográficas, atracciones, bailes, desfiles de modas femeninas, etc., y algunos juegos escénicos de grandísimo efecto, como el final del



Barcelona. - Una escena de *Plastic-Films*, revista de gran espectáculo en dos actos, letra de los Sres. Jordá y Soler Rovirosa, y música del maestro Vives, estrenada en el Teatro de Novedades. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

tipos y costumbres que permiten mantener los prejuicios que en el extranjero se tienen contra nuestra patria, para ello hace desfilar ante los ojos del pú-

primer acto, que el adjunto grabado reproduce. La música del maestro Vives es inspirada y de rica instrumentación; citaremos como números culminantes la canción del Pierrot, el preludio del último cuadro, el baile ruso, y la página imitativa de la llegada de un tren. Las decoraciones de Moragas, Alarma, Castells y Soler, y los figurines de Soler son notables.

## LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)

Sin saber por qué, esta cosa tan sencilla me infundió horror, cerré los ojos, y transcurrió un buen rato antes de que osara abrirlos para mirar otra vez. Entonces recordé el grito de la noche anterior, como si aun resonase en mis oídos con toda su angustia suprema, e involuntariamente volví a fijar la vista en aquel mudo testigo de la muerte, que me revelaba una triste historia.

Por más que fuese un niño, el silencio que me rodeaba y aquel gorro de marinero causaronme un terror indecible, y por nada del mundo me hubiera atrevido a bajar a la playa para recoger aquel objeto. Sin embargo, al fin recobré mi serenidad y dirigíme hacia las arenas rápidamente, como si me persiguieran las almas de los naufragos muertos.

Una vez en la playa, cobré nuevos ánimos, mas comprendiendo que me faltaba valor para volver por donde había venido, resolví cruzar las arenas hasta Polkimbra, y volver a casa dando la vuelta a las rocas. Mirando siempre al mar, como si me fascinase, avancé a lo largo de la playa; la tempestad había impelido una gran cantidad de algas hasta la orilla, y en los montones que formaban yo temía ver a cada instante algún objeto que me causase horror.

Había recorrido ya la mitad del camino, cuando de pronto, al mirar hacia Polkimbra, vi un hombre que se dirigía hacia mí. Hallábase como a doscientas varas de distancia, y, muy contento de encontrar un ser humano después de pasar tanto miedo, corrí hacia él, pensando que sería alguno de los pescadores de Polkimbra, a todos los cuales conocía yo muy bien.

Sin embargo, al acercarme, sin que el hombre lo echase de ver, pues la blanda arena ahogaba el rumor de mis pasos, dos cosas me llamaron la atención: en primer lugar aquel individuo no vestía como un pescador; y en segundo, observé que miraba con mucha atención el mar, casi con expresión ansiosa, como si esperase ver algo entre las rompientes. Al fin me acerqué lo bastante para distinguir las facciones del hombre y entonces me convencí de que era un desconocido.

Llevaba la cabeza descubierta; su traje se reducía a una camiseta roja y un pantalón muy destrozado en las rodilleras, empapados sin duda en agua, pues veía caer gotas a cada momento; iba completamente descalzo, y aunque no fuese de elevada estatura, sus anchos hombros y fornidos brazos denotaban que aquel hombre era muy vigoroso.

Pero lo que más me chocó en el desconocido fué su expresión de ansiedad y sus movimientos que parecían revelar inquietud. En cualquiera otra circunstancia habría evitado aquel encuentro; mas el temor mismo me infundió ánimos; y cuando estuve a la distancia de veinte varas, di una voz para llamar la atención del hombre.

Yo me había adelantado algo oblicuamente por detrás, y al oír el desconocido mi voz, volvióse rápidamente como sobresaltado; mas al ver que era un niño, adelantóse hacia mí; y entonces pude ver que tiritaba de frío y de hambre.

- Muchacho, dijo con expresión de inquietud, ¿qué haces tan temprano en la playa?

- ¡Oh!, repuse, anoche hubo una terrible tempestad, y yo..., es decir, mi madre y yo... oímos un grito que nos hizo creer... y además he visto ahora una cosa...

- ¿Qué has visto?, preguntó el hombre cogiéndome un brazo con su nervuda mano.

- Nada más que un gorro de marinero, contesté temblando; yo acababa de trepar a la «Roca del Hombre muerto», y vi el gorro en la extremidad de la playa, pareciéndome que...

- ¡Ven conmigo para mostrármelo!, dijo el desconocido.

Y sin soltarme, me obligó a seguirle a través de las arenas; pero de pronto se detuvo.

- ¿No has visto nada más?, preguntó, fijando en mí una mirada penetrante.

- No, señor.

- ¿Ningún hombre?

- A nadie, a nadie.

- ¿Estás seguro de no haber visto a un hombre alto, de cabello negro, y con zarcillos en las orejas?

- ¡Oh!, no, señor.

- ¿Lo jurarías?

- Sí.

Al oír esto el hombre comenzó a correr de nuevo hacia la roca, llevándome siempre consigo, y de tal modo me oprimió el brazo, que poco faltó para que el dolor me hiciese gritar.

A pesar de la carrera, de tal modo tiritaba aquel hombre, que yo le oía dar diente con diente, sin duda porque su ropa mojada le producía más frío, y a causa de ser demasiado fresca la brisa. En su rostro se revelaba la mayor fatiga; mas no por eso acortó el paso hasta que estuvimos en la «Roca del Hombre muerto».

Aquí se detuvo y miró a su alrededor con expresión inquieta.

- ¿Hay por aquí algún sitio donde esconderse?, me preguntó de pronto.

Estas palabras me sorprendieron, no menos que la conducta de aquel hombre, tan extraña, que ya me infundía algún temor, tanto que me proponía escapar apenas se me ofreciese ocasión de hacerlo.

- En la ensenada, contesté al fin, hay una cueva, de la cual solían servirse los contrabandistas en otro tiempo; pero...

- ¡Bien, bien!, repuso el desconocido, comprendiendo tal vez que su pregunta me había infundido desconfianza, dime ahora dónde está el gorro de marinero. ¿Dices que ésta es la «Roca del Hombre muerto»? Feo es el nombre, y la roca también, añadió estremeciéndose.

Los dos trepamos por la roca hasta llegar a la cornisa donde yo estaba antes, y una vez allí, mostré a mi compañero el gorro, que aun estaba en el mismo sitio.

Apenas le vió el hombre, dejó escapar un ligero grito, y bajando rápidamente, se apoderó del objeto, examinóle con atención, le revolvió entre sus manos, murmurando frases que no comprendí, y esto me hizo creer que el gorro era suyo.

Pocos momentos después reunióse conmigo, y oíle decir a media voz algunas palabras, como en un soliloquio.

«Sí, decía, seguramente éste es su gorro; no hay nada en él, pero no me cabe duda. Seguramente se ha ido al fondo con los demás, y aquí tengo la prueba de ello. ¡Maldito sea! No ha dejado tras sí tanto como él pensaba, mas ¿quién le hubiera dicho que yo debía heredarle? Llevaré este gorro como recuerdo.»

- Siéntate, muchacho, díjome después de una pausa; aquí estamos seguros, pues nadie puede vernos.

La cornisa de la roca en que nos hallábamos medía unos siete pies de longitud por tres o cuatro de anchura; en un lado veíase el sendero por donde habíamos subido, y en el otro había una rápida pendiente que conducía al mar, siendo su altura de unos cuarenta pies. Mucho más arriba de nosotros elevábase una roca inexpugnable, y a nuestros pies hallábase el sitio donde estaba el gorro.

Nada tenía de agradable aquella posición, y menos en compañía de un desconocido de tan sospechoso aspecto como el del hombre que estaba a mi lado; pero nada podía yo hacer por el pronto para librarme de su presencia. Sereno y resignado, me senté en la cornisa, y mi compañero también, que sin hablar una palabra, seguía vigilando el mar con la mayor atención.

El sol lucía ahora con todo su esplendor y sus rayos oblicuos, reflejándose en las olas, comunicábanles el brillo de la plata. Más arriba de nosotros, la roca proyectaba su sombra en las grandes profundidades; a mi izquierda veía las blancas arenas de Polkimbra, siempre solitarias, y más allá la línea purpúrea de rocas, hacia Kynance; por la derecha, la pedregosa mole interceptaba la vista hasta cierto punto, y solamente divisaba el mar y las numerosas gaviotas que volvían después de la tempestad, en busca de algas, o de cualquier otro alimento que hallasen entre los restos del naufragio.

Volví la cabeza para mirar a mi compañero, y observé que estaba muy pensativo; habíase puesto el gorro, y seguía hablando a media voz, como si no recordase que yo estaba allí.

- ¿Tienes algo de comer?, preguntóme de pronto.

Estas palabras me hicieron recordar que al pasar por la cocina, en el momento de salir de casa, había cogido un pedazo de pan; lo había olvidado y le saqué del bolsillo para ofrecérselo al desconocido, que me lo arrancó de la mano sin decir palabra y se lo comió con la voracidad de un lobo, sin dejar de mirarme fijamente.

- ¿No tienes más?, me preguntó.

Contestéle negativamente, aunque no sin temor, y algo confuso, porque el desconocido seguía mirándome con singular insistencia.

- ¿Cómo te llamas?, preguntóme después de una pausa.

La expresión del desconocido era tan imperiosa, que me apresuré a contestar:

- Mi nombre es Jasper Trenoweth.

- ¡Santo Dios!, exclamó. ¿Qué has dicho?

El desconocido me miraba con expresión de asombro, sin que yo pudiera comprender por qué mi nombre producía en él semejante efecto, y extrañándose más que nunca su proceder.

- He dicho que me llamo Jasper Trenoweth.

- ¿Y tu padre, repuso el hombre, se llamará sin duda... Ezequiel Trenoweth?

A pesar de mi temor, sus palabras me produjeron otra especie de inquietud, y aunque temiendo la contestación, pregunté con ansiedad:

- ¡Oh!, sí. ¿Le conoce usted? Había emprendido el viaje de Ceylán; mi madre estaba muy inquieta; y como durante la tempestad de anoche oímos un grito, tuvo mucho miedo, pues temíamos... ¡Oh! ¿Sabe usted algo, o cree que?..

El hombre no me oía al parecer, porque seguía observando el mar; pero después de una pausa me preguntó:

- ¿Salió tu padre de Ceylán en el barco *Buena Fortuna*, de seiscientos toneladas, con rumbo a Bristol? En tal caso, le conocí... sí, le conocí muy bien. Por lo que me preguntas, añadió, supongo que estamos en Lantrig...

- Sí, señor, y nuestra casa domina la ensenada; pero, dígame usted, por Dios, si ha sucedido algo a mi padre.

- ¿Y por qué le ha de suceder algo a Ezequiel Trenoweth? Precisamente, esto es lo que yo deseo saber también.

Mientras hablaba, el hombre seguía vigilando, sin mirarme, y parecióme que estaba muy nervioso. Las gaviotas revoloteaban a nuestro alrededor, dejando oír sus melancólicos gritos, mientras trazaban graciosos círculos, lanzándose a veces de pronto al mar para coger alguna presa.

- Sí, dijo el hombre después de una pausa, Ezequiel Trenoweth, hombre de cabello rubio, ancho de hombros y de poco menos de seis pies de estatura... ¿Por qué crees que le haya sucedido algo?

- Parece que usted le conoce y sabe en qué buque se embarcó... Por Dios le ruego que me diga si ha sucedido algo. Si usted iba con él a bordo, no dudo que podrá darme alguna noticia.

- Yo salí de Ceylán, repuso el hombre, examinando siempre el horizonte, el 12 de julio en el barco *María Juana*, con destino a Liverpool; y de consiguiente, si Ezequiel Trenoweth iba en el *Buena Fortuna*, ya comprenderás que no podíamos ser compañeros de viaje.

Así diciendo, el desconocido me miró de nuevo, y por primera vez le vi sonreír.

Su contestación me alivió de un gran peso, pues si mi padre no era pasajero del *María Juana*, no debía temer que fuese uno de los naufragos.

- Sí, repitió el desconocido; salí en el *María Juana* con rumbo a Liverpool; y tú eres hijo de Ezequiel Trenoweth, a quien yo conocía muy bien...

Al decir esto, parecía que las palabras de mi compañero se anudaban en su garganta; pero después añadió:

- ¡Qué cosas tan extrañas suceden en este mundo!

Un momento después se quitó el gorro para examinarle de nuevo, y oíle murmurar:

- ¡Cuándo pienso que ha muerto, hasta me parece imposible!..

- ¿Que ha muerto mi padre?

- No, hijo mío, contestó el desconocido; hablo de

otro hombre, de aquel a quien perteneció este gorro. Me cuesta creer que haya perecido, pues le vi luchar con las olas, y hubiérase dicho que éstas no podían ahogarle. Varias veces le oí decir que había nacido para vivir en presidio, y se reía de esto; pero ya no hablará más, pues no hay duda que se cuenta entre los muertos. Imposible parece que yo le haya sobrevivido; pero así es... ¿Qué diablos mira ahora este muchacho con tanta atención?

Durante este soliloquio, yo había vuelto la cabeza para mirar la playa de Polkimbra, cuando de pronto me estremecí, y mi corazón latió más apresuradamente, al ver una cosa que casi me hizo creer que los acontecimientos de la mañana eran más bien un sueño que no la realidad, pues a unas cincuenta varas de nosotros vi otro hombre que vestía un traje semejante al de mi compañero, y que avanzaba por la orilla de las rompientes, abservando también el mar.

— ¿Qué ocurre, muchacho? ¿Qué te llama tanto la atención?

— Veo un hombre...

— ¿Un hombre? ¿Dónde?

El desconocido hizo un movimiento hacia delante para mirar sobre la cornisa, pero retiróse rápidamente, apoyándose contra la pared de roca.

— ¡Agáchate!, díjome en voz baja y ronca. Túmbate en el suelo, y procura ver sin que te vean.

El desconocido me apretaba el brazo con tal fuerza, que ya le tenía dolorido; obedecí para que no le oprimiera más, y miré por cima de la cornisa.

— Es un hombre, dije; ahora se halla a unas cincuenta varas de nosotros, y viene hacia aquí. Lleva camiseta roja, y observa el mar como usted lo hacía. No creo que nos haya visto.

— ¡Por amor de Dios, no te muevas!, repuso mi compañero. ¿Es ese hombre moreno y alto?

Al hacerme esta pregunta, la voz del desconocido temblaba, y aunque apenas podía resistir ya la presión en mi brazo, contesté en voz baja:

— Sí, me parece alto, y también moreno, aunque no puedo asegurarlo bien, porque aun no está bastante cerca.

— ¿Lleva zarcillos en las orejas?

— No lo distingo; pero anda algo encorvado y lleva al parecer un sable pendiente del costado, o algo que se le parece.

— ¡Dios nos proteja... es él! ¡Maldito sea, maldito sea! ¡Échate, échate, muchacho, porque si ese hombre nos ve, somos muertos!

Me oprimí cuanto pude contra la roca, y miré a mi compañero, que estaba lívido, y cuyos labios temblaban. Jamás había visto en un hombre semejante expresión de terror. Permanecimos un minuto inmóviles, y después, miré otra vez sobre la cornisa.

El hombre estaba ya casi debajo de nosotros, y observaba atentamente el mar. Entonces vi que llevaba pendiente del costado la vaina de un machete, sin el acero, y aunque no pude distinguir bien sus facciones, noté que adornaban sus orejas unos zarcillos, en los cuales se reflejaba la luz del sol.

Después me retiré prudentemente, porque mi compañero me tiraba de la chaqueta.

— Escúchame, díjome en voz ronca, y tan baja que debí acercarme más para oírle; si caemos en manos de ese hombre, la muerte es segura, al menos para mí; pero tal vez a ti te deje en paz, porque es un verdadero demonio capaz de asesinar a cualquiera a sangre fría. Sin embargo, acaso tú puedas escapar, y de todos modos será más seguro que yo te dé esto; tómallo y guárdatelo en el bolsillo, para que ese bandido no lo vea. ¡Vamos, pronto!

Así diciendo, el hombre sacó del interior de su camiseta un objeto y lo puso en mis manos. Apenas pude mirar qué era, porque lo guardé al punto; pero me pareció ver alguna cosa de cobre, y noté que el paquete era duro y pesado.

— Repito que es la muerte, murmuró el desconocido; pero tal vez tengas la suerte de salvarte. De todos modos, si yo perezo, prométeme que no entregarás lo que acabo de darte; pero si me libro, me lo devolverás. ¿Lo harás así?

Temblando de miedo, prometí obedecerle.

— Otra cosa, añadió el desconocido; aquí hay una carta; guárdala también y léela después. Si ese hombre me mata, guárdalo todo; en ese paquete encontrarás mi testamento; pero te advierto que has de compartir con mi Juanita lo que te digo. En la carta encontrarás las señas. Prométeme otra vez cumplir fielmente mis instrucciones.

Hícelo así y el desconocido añadió:

— Ahora mira otra vez por la cornisa; tal vez ese hombre no venga por aquí, y se dirija a la otra playa, y en ese caso podremos escapar.

Miré de nuevo, pero retrocedí súbitamente, al ver debajo de mí una cabeza de cabello negro y unos

zarcillos brillantes. El hombre avanzaba a buen paso por el sendero en dirección a nosotros.

## IV

## DE CÓMO SE OYÓ UNA CANCIÓN Y BRILLÓ UN CUCHILLO EN LA «ROCA DEL HOMBRE MUERTO»

No había medio de escapar.

Ya he dicho que se podía escalar la «Roca del Hombre muerto», pero esto era por el lado Norte, del cual estábamos separados, hallándonos en aquel instante entre la roca inaccesible y el precipicio. No había más remedio que permanecer quietos, esperando la llegada de aquel hombre.

El miedo parecía haber privado a mi compañero de todas sus facultades; parecía la imagen de la desesperación, y miraba con indecible ansiedad hacia el punto por donde su enemigo debía aparecer.

En cuanto a mí, temblaba sin saber por qué, y oía con terror el ruido de los pasos que se acercaban más y más. Muy pronto, y como a unos quince pies de distancia, según yo calculaba, oímos una canción, entonada con una voz tan dulce y sonora y de tan magnífico timbre, que me llamó la atención; las palabras y las notas resonaban claras y distintas en medio del silencio que nos rodeaba, y había tal dulzura en el acento, que habría escuchado con el mayor gusto a no hallarme en tan crítica situación.

Entonces miré a mi compañero; permanecía tan inmóvil como antes, humedecía a cada instante con saliva sus labios ressecos, y parecía escuchar atentamente la letra de la canción, que era una especie de himno muy conocido de la gente de mar.

Pocos momentos después apareció al fin el hombre, nos vio al punto y detúvose para mirarnos bien. Entonces comprendí en cierto modo el terror de mi compañero.

El reciénvenido llevaba también camiseta roja y pantalón semejante al del hombre que estaba a mi lado, pero no tan roto; de su cinturón pendía la vaina de un puñal, y vi brillar el mango de otro en el lado opuesto; pero lo que más me fascinó fué su fisonomía. Aunque no tuviera otro motivo para recordarla, seríame imposible olvidar las líneas de aquella boca, cuya sonrisa era irónica, y el brillo de aquellos ojos, de dura y maligna expresión.

Por espacio de un minuto nos observó tranquilamente, complaciéndose al parecer en nuestra confusión, mientras que su sonrisa expresaba marcadamente el sarcasmo.

No sé cuál sería la impresión de mi compañero; pero en cuanto a mí, no podía separar la vista de aquel hombre.

Al fin habló, con una voz dulce y metálica, que en nada correspondía a la mirada diabólica de sus ojos.

— ¡Muy bien, perfectamente jugado!, dijo sonriendo irónicamente. Eso de huir de un compañero cuando se cree que está a punto de perecer en el fondo del abismo es muy cómodo, pero revela poca caridad...

¿No es verdad, muchacho? Y ponerse después un saco de lona, y ceniza en la frente, rehusar todo consuelo, y aparentar profunda tristeza por la muerte de un amigo, me parece también una farsa del mejor gusto, ¿no es cierto, Juan? Paréceme que estás un poco aturdido, muchacho, y me haces creer que no se pueden decir las verdades. Me has dado una prueba de tener buen corazón y los más generosos sentimientos; pero ¡bah!, tú fuiste siempre el mejor de los amigos, uno de aquellos en quien se puede confiar... ¿Por qué no hablas, Juan? ¿Por qué no me dices que te alegra mucho volver a verme, vivo y sano?

Los labios de Juan temblaban, y comprendí que no podía hablar, aunque hacía esfuerzos para ello.

— ¡Ah!, Juan, ya comprendo que la alegría te embarga de tal modo que no puedes contestarme. Tanto me querías, que para tener un recuerdo mío te apropiaste mi gorro... No, no te le quites, Juan, que te sienta muy bien.

Mi compañero se había quitado el gorro, colocándole a su lado en la roca, pero sin hablar palabra.

— ¿Y quién es ese muchacho, Juan?, continuó el otro. Tú siempre tuviste facilidad para encontrar amigos, y sabes inspirar simpatías... Lucía te amó, y no quiso nunca escucharme a mí, porque siempre te mostrabas amable y pacífico, excepto cuando te dabas a la bebida; y aun entonces no intentabas nunca hacer daño... ¿no es verdad, Juan?

Tan lívida era la palidez de mi compañero, que me espantó; otra vez intentó contestar, mas no pudo.

— De todos modos, continuó, es una felicidad volver a verte. ¡Cuándo pienso que de todos los hombres de la tripulación solamente nosotros dos nos hallábamos en el botalón de foque cuando el buque chocó! Pero dime, Juan, ¿no había además

uno con nosotros? Ahora recuerdo que teníamos un compañero... ¿Qué fué de él? ¿No saltó, muchacho?

Al oír esto, Juan consiguió hablar al fin.

— No, contestó, no creo que saltase.

La voz de mi compañero era cavernosa; le miré, y sorprendíme observar que a pesar del frío tenía la frente bañada en sudor.

— ¿Dices que no? Extraño me parece.

Juan guardó silencio.

— ¿Pero estás tú seguro?, continuó el otro. Habría sido una lástima ser arrojado a estas orillas desoladas, sin tener la satisfacción de ver las caras a los amigos. ¡Vamos, Juan, piensa un poco en lo que sucedió!

— Digo que no saltó, contestó mi compañero.

— ¿No?

— No; cayó al agua.

— ¡Pobre hombre!, repuso el desconocido con el más dulce acento de compasión. Supongo que no habrá error respecto a ese triste fin, Juan...

— Yo le vi caer; soltó el apoyo a que se agarraba, y un momento después desaparecía. Lo juro por la Biblia, capitán; lo vi con mis propios ojos... Fué el cuchillo de usted...

El capitán miró fijamente a su interlocutor, contrayendo los labios como para silbar, y después volvióse hacia mí.

— ¿Conque conoces a Juan?, me dijo. Es un buen muchacho, tan cristiano como caritativo, y sobre todo buen compañero para los jóvenes. ¡No, Juan Raiton no es borracho, ni tiene vicio alguno! Seguramente no se atrevería a mentir aunque le diesen todos los tesoros de la India. ¡Ah!, no ha sido poca fortuna encontrar tan buen amigo.

Miré a Juan para ver qué efecto producían en él estas palabras; pero tenía la vista fija en el mar, y no lo noté.

— Quedamos, pues, continuó el desconocido, en que cayó al agua. ¿Quién le vió morir? Sin duda tú, porque tienes ojos de lince. Como quiera que sea, el caso es que el infeliz ha ido a parar al fondo del abismo. No extraño que esto te cause pena; mas a pesar de tu dolor ¿no te parece que ahora tenemos buena oportunidad para leer el testamento? Es posible que nosotros tres no volvamos a vernos más, y estoy seguro que este muchacho... ¿no has dicho que te llamas Jasper?... tendría una satisfacción, aunque algo triste, en conocer el contenido de ese documento.

La mirada de aquel hombre revelaba tan fría crueldad, que tuve miedo. Juan miró a su alrededor como una fiera acosada.

— ¿Un testamento?, murmuró al fin. ¿Qué quiere usted decir con eso? Yo no sé..., yo no tengo testamento alguno.

— ¡Tuyo no, Juan, tuyo no; pero tal vez sepas algo del que dejé... ¿citaré el nombre? ¡Vamos, Juan, recapacita un poco.

— ¡El Señor me castigue si!...

— ¡No jures, Juan, no jures, aunque no sea más que para no dar mal ejemplo al joven Jasper! De todos modos, tú eras gran amigo del difunto... un verdadero amigo... y conocías todos sus secretos tan bien, que estoy seguro que debes recordar, tú, que le viste en sus últimos momentos, que le viste caer... según dices.

Estas palabras no obtuvieron contestación.

— Vamos, Juan, continuó el otro; no me agrada insistir; pero este muchacho y yo quisiéramos oír tu respuesta; y si te empeñas en no hablar, será preciso que vayamos, aunque no sin repugnancia, a proseguir la conversación en otro sitio, lo cual no dejaría de parecer extraño.

— ¡Mal engendro del diablo!, murmuró Juan con voz ronca, pero que no revelaba ya la esperanza ni el temor.

— Muy bien, replicó el desconocido, seré diablo o lo que tú quieras; pero exijo lo que me corresponde; te esperaba, y vengo a reclamarlo. Ya te queda Lucía, y con esto debes darte por satisfecho; ahora debe estar esperándote en casa; y no sería poco extraño que yo hubiese de volver para anunciarle que estabas pudriéndote en un presidio. Y tu Juanita no comería dulces, ni podría acariciar a su padre, pues supongo que tú lo serás, a menos...

Antes de que el desconocido pudiera concluir la frase, Juan le cogió por el cuello; siguióse una breve y desesperada lucha; después oí una blasfemia, vi brillar un acero, y un grito de dolor resonó en los aires.

Mi compañero acababa de ser arrojado violentamente en el precipicio.

Todo fué obra de un momento; un grito, el ruido de una caída, y después profundo silencio.

No sé cuánto tiempo duró, ni qué sucedió después, si grité, o si perdí el conocimiento; pero mis ojos se cerraron, y solamente recuerdo que al abrirlos vi al capitán limpiando la hoja de su cuchillo en un poco de yerba de la roca, y mirándome fijamente.

Supongo que durante aquellos pocos momentos mi vida estuvo en inminente peligro; pero en aquel instante estaba demasiado aturrido para comprender nada.

El capitán envainó su arma silenciosamente, vaciló un momento, acercóse a la cornisa para mirar, y por último volvió al sitio donde yo estaba.

— ¿Tienes tú el defecto de ser hablador?, preguntóme con su voz dulce y melosa, mirándome de pies a cabeza con la mayor atención.

Yo hice una señal negativa, y el capitán continuó:

— Ya has oído que ese hombre me llamó diablo, y ahora te diré que en efecto lo soy. Por esto puedo oír todo lo que los niños dicen, aunque me halle muy lejos de ellos, y si hablan demasiado me es fácil llegar hasta donde estén, por mucho que se oculten. Algunas veces los sorprendo en la cama, y otras, cuando están más distraídos; de modo que no pueden escapar de mis manos. ¿Has leído algo sobre Apolión? Pues ése soy yo.

Tal era el estado de mi ánimo, que hubiera creído esto, y cualquier otra cosa.

— Me apodero de los niños, continuó el hombre, me los llevo, y sus padres no vuelven a verlos más, porque todos mueren lentamente. Ya sabrás de qué modo, si tienes la desgracia de ser hablador.

No tenía yo el menor deseo de averiguarlo; quedé satisfecho de la explicación, y aparentemente, el capitán también, pues me hizo levantar, ordenándome que comenzase a bajar por la roca delante de él.

La angustia que sufrí durante el descenso no es para descrita; a cada momento temía que aquel hombre me cogiera por los hombros para precipitarme desde la altura, o me agarrase del cuello para estrangularme; y mientras yo temblaba de miedo, el capitán iba detrás de mí, cantando con su melodiosa voz.

Llegados al pie de la roca, atravesamos el arco por donde se iba a la ensenada. El capitán se dirigió a la orilla del mar, y durante largo rato observó atentamente las aguas; mas no se veían vestigios del infeliz Juan.

Después de proferir algunas blasfemias, mi compañero comenzó a trepar rápidamente por el lado Norte de la roca hasta que estuvo a cierta altura, y sondeó otra vez con la vista las profundidades; mas tampoco vió nada esta vez. Entonces, despojándose de sus ropas, arrojóse al agua, salió de nuevo a la orilla al cabo de largo rato, púsose el pantalón y la camiseta, y volvió a reunirse conmigo.

«¡Maldito sea!, murmuró. ¿Dónde podrá estar?»

Entonces observé por vez primera el aspecto de fatiga de aquel hombre, sin duda acosado por el hambre, y que en aquel momento rechinaba los dientes, mostrándolos como si fuese un lobo. Se había cortado el pie en la roca, y sin apartar la vista de mí, arrodillóse junto a la orilla del agua para bañarse la herida.

— Ahora que me acuerdo, muchacho, dijo de pronto, tú me dijiste que te llamabas Jasper... ¿Jasper qué?

— Trenoweth.

— ¡Rayos del cielo!, gritó el hombre.

Y levantándose de un salto, corrió hacia mí, cogióme de los hombros, y me sacudió furiosamente.

Yo quedé yerto de terror; parecióme que todo daba vueltas en torno mío, que el cielo se nublaban y ennegrecía, produciéndose luego la obscuridad. Exhalé un grito y perdí el conocimiento.

## V

EN QUE SE DICE CÓMO EL MARINERO GEORGIO RHODIJANI DIÓ EXPLICACIONES EN LA POSADA DEL LUGRE.

Poco a poco recobré el conocimiento en medio de una confusión de voces.

Mi tío Loveday se inclinaba sobre mí con expresión cariñosa y evidente ansiedad, y yo le conocí desde luego por sus brillantes botones. Al principio no pude recordar lo que había pasado, y cómo estaba allí tendido en la arena; mas al pasear mis miradas entre los que allí había, fijáronse de pronto en el capitán y me di cuenta de todo.

Estaba en pie en medio de un grupo de pescadores, contestando a sus preguntas con voz breve, con un ademán, o con un movimiento de cabeza. Observé que me miraba con insistencia, y parecióme

que esperaba que yo recobrase del todo el conocimiento.

— ¡Pobre muchacho, exclamó mi tío, pobre muchacho! Supongo que la presencia de ese hombre te ha asustado...

Yo hice un ademán negativo, intimidado por la mirada del capitán.

— Sí, sí, prosiguió mi tío, encarándose con el naufrago, la repentina aparición de usted ha infundido miedo al chico, y a decir verdad, amigo mío, añadiré, sin ánimo de ofenderle, que su aspecto no es el más propio para infundir confianza.

El capitán se encogió de hombros, como si no comprendiese.

— ¡Ah!, sí, dijo mi tío, evidentemente usted es extranjero y no me comprende bien. No importa; aunque esta tierra no es muy hospitalaria, no creo que sus habitantes pequen de poco caritativos. Jasper, añadió volviéndose a mí, ¿podrás andar ahora? En tal caso, Joe te acompañará a casa, y nosotros haremos lo que se pueda para socorrer a este naufrago.

Y volviéndose al capitán, preguntóle:

— ¿Podrá usted decirnos si han quedado en las rocas los cadáveres de algunas víctimas de la catástrofe?

El capitán hizo un ademán negativo, encogiéndose de hombros.

— Es evidente, continuó mi tío, que este buen hombre necesita alimento y un poco de ropa. No dudo que esto se podrá encontrar en Polkimbra, y por lo tanto lo mejor que podemos hacer es acompañarle hasta allí.

El naufrago no contestó, pero los pescadores aprobaron la proposición, y un momento después pusieron en marcha llevándose entre ellos al desconocido. Mi tío Loveday iba detrás, recomendando a Joe, su hombre de confianza, que hacía las veces de criado, que cuidara de mí y fuese a ver a mi madre. Dicho esto, reunióse con los demás, y todos se perdieron de vista después de atravesar el arco de la «Roca del Hombre muerto».

Durante dos o tres minutos avanzamos por el arenal sin pronunciar palabra, hasta que Joe rompió al fin el silencio.

— Estás muy pálido, muchacho, me dijo.

— ¿De veras, Joe?

— Sí, pálido como un difunto. Cualquiera diría que estás muerto de miedo. ¿Has fijado la atención en ese naufrago que estaba con nosotros? En mi vida he visto un hombre con más trazas de bandido que ése... El diablo me lleve, si tiene buenas intenciones.

Esta opinión estaba tan conforme con la mía, que no me atreví a decir nada en contrario.

— Yo no sé aún a punto fijo, continuó Joe, cuál es el buque naufrago; pero presumo que sea el mismo que vi ayer dando bordadas. Jonatán, el guardacostas, llegó esta mañana a Lizard y dijo que había visto un gran buque cerca de las rocas a media noche, o que se le figuró verle; pero no se ha de hacer caso de él, porque es un visionario.

— ¿Y qué aspecto tenía el que tú viste, Joe?

— Era semejante a esos que van a la India, y no me extrañaría que procediese de las aguas de aquel país.

Un momento después, y como llegásemos ya a la entrada de Lantrig, Joe se despidió, diciéndome que iba a buscar noticias a Polkimbra.

En vez de entrar en mi casa acto continuo, detúveme un instante para observar a mi compañero que se alejaba, y después me senté en una roca a fin de coordinar mis recuerdos.

Era una hermosa mañana de otoño; a mis pies veía el mar, espumoso en las orillas, y ya casi sereno; la luz del sol se reflejaba en las rocas, marcando sus contornos, y reinaba un silencio profundo, tanto que hubiera podido creer que mi extraña aventura había sido un sueño. La antigua casa tenía también un aspecto tan familiar y tranquilizador, que me pregunté si no sería un sueño mi aventura.

De pronto me acordé del paquete y de la carta; introduje la mano en el bolsillo y saqué ambas cosas; el primero era una caja de estaño sujeta en el centro por una correa, y entre ésta y el metal vi una especie de placa de cobre, semejante a la placa de un cinturón militar, pero sin gancho alguno; en la superficie vi trazados algunos caracteres ininteligibles para mí, y solamente observé que la caja era muy pesada, y que la correa estaba húmeda aún.

En cuanto a la carta, habíase convertido en una especie de gacha, y en tal estado no era posible leerla; pero la alisé cuidadosamente, y la puse debajo de la correa, volviendo a ocultarlo todo en mi bolsillo, pues temía tanto al capitán, que no estaba tranquilo ni un solo instante. ¿Dónde ocultaría aquello?

Después de pensar un poco, recordé que dos piedras de una de las paredes del establo estaban sueltas; dirigime allí corriendo, y después de mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie podía verme, oculté el paquete en la abertura. Después entré en casa por la puerta posterior.

Hacía tiempo que mi madre se había levantado; eran ya las nueve, y encontré el almuerzo en la mesa. La pobre mujer estaba pálida aún, pero su ansiedad se calmó un poco al verme entrar. Evidentemente esperaba que yo la diese noticias, pero sin duda mi expresión debió sobresaltarla, y como yo no abría la boca, comenzó a preguntar.

— Vamos, Jasper, ¿qué noticias me traes?

— Sé que anoche naufragó un buque junto a la «Roca del Hombre muerto»; pero aun no se ha encontrado nada, excepto...

— ¿Cómo se llamaba ese buque?

— Era el *María Juana*..., es decir..., yo no lo sé bien.

Hasta entonces no había recordado que mi madre desearía saber qué había hecho yo durante la mañana; y naturalmente yo le hubiera referido todo cuanto había visto y oído, si el temor al capitán no hubiese paralizado mi lengua. El desgraciado Juan era el único que me había dicho algo sobre el buque naufrago; mas yo no quise hablar de él, por temor de que se me escapase la lengua.

Después de una pausa, durante la cual comprendí que mi contestación producía asombro, mi madre replicó:

— ¿Dices que no lo sabes bien?

— No; creo que el buque ha sido el *María Juana*, y sé que se ha recogido un extraño naufrago. Mi tío Laveday le encontró, y al parecer era extranjero. Digo... no... yo creo que el nombre...

Yo me confundía cada vez más, y bajando la cabeza, quise ocuparme tan sólo en mi almuerzo; mas al levantar de pronto los ojos, vi a mi madre observándome, con una mirada en que se mezclaban la sorpresa y la reconvención.

— ¿Es ese marinero el único que se ha salvado?, preguntóme.

— No... ése es... quiero decir... sí. No encontraron más que uno.

Jamás había dicho una mentira a mi madre, y casi me descubrió el esfuerzo que hice; las palabras se me anudaban en la garganta, y sufría un verdadero tormento.

— Jasper, hijo mío, repuso mi madre, ¿qué te pasa? No comprendo esa extraña manera de contestarme.

Procuré expresar asombro, pero inútilmente; érame imposible cambiar la expresión de mis ojos, y no me atreví a sostener la mirada de mi madre.

— Mi tío Loveday, repuse, vendrá aquí más tarde, pues ahora está buscando al cap..., es decir, al marinero.

— ¿Qué marinero es ése?

La pregunta me anonadó: entre el temor al capitán y la penosa ansiedad de mi madre hallábame como entre la espada y la pared, y en aquel momento hubiera querido que la tierra se hubiese abierto de pronto para tragarme. De improviso, mi madre concibió una dolorosa sospecha.

— ¡Jasper, Jasper!, exclamó; no puede ser; tú no querrás decir que era su buque.

— ¡No, madre, no! No tema usted por mi padre; el otro dijo... quiero decir que se ha dicho que no era su buque.

— ¡Dios sea loado! Pero tú me ocultas alguna cosa, Jasper... ¿Qué es, hijo mío? ¿Qué motivos tienes para ocultarme algo?

— Madre, yo creo que era el *María Juana*; pero éste no es el buque de mi padre... Y no me pregunte más, madre mía, porque el tío Loveday se lo dirá todo; y yo no me siento bien; creo que...

A decir verdad, la falta de sueño y la excitación de aquella mañana me habían rendido. Mi madre se resignó a no preguntarme más, y con la mayor ternura me acompañó a mi cuarto, suponiendo que me aquejaba un poco la fatiga, y sin sospechar otra cosa, o por lo menos, tan solo vagamente.

Permanecí en cama hasta el medio día, mas sin poder conciliar el sueño.

La venganza que de un enemigo había tomado aquel hombre terrible, llenaba de terror mi corazón; parecíame ver su imagen en las paredes, y me repetía sus últimas palabras: «Algunas veces los sorprendo en cama, y otras los cojo cuando están más distraídos.»

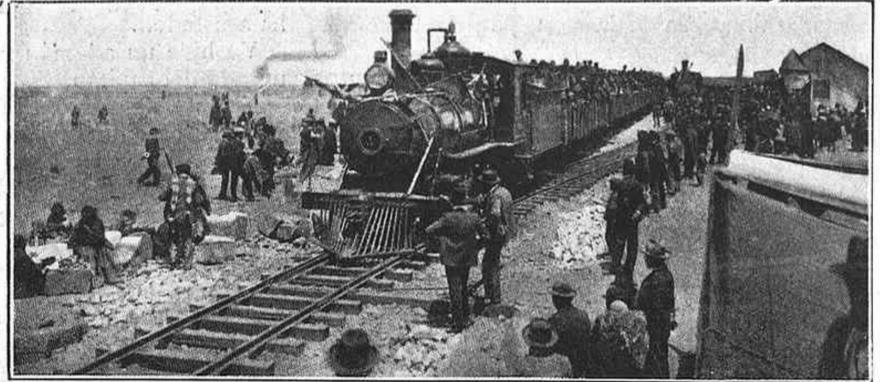
Al fin concilié un poco el sueño, a la caída de la tarde; pero este sueño fué para mí una especie de pesadilla, durante la cual parecíame oír todos los sonidos y ver todos los objetos que aquella mañana me infundieron tanto terror.

(Se continuará.)

## EXPANSIÓN FERROVIARIA EN LA AMÉRICA DEL SUR. - LOS FERROCARRILES DE BOLIVIA



Colocación de los rieles en la línea férrea de Oruro a Viacha



Un tren de excursión en un nuevo ferrocarril de Bolivia

Viajando por la costa hacia el Sur el primer puerto que se encuentra es Arica, que reúne muy buenas condiciones, y en el cual se hallan las estaciones terminales de dos ferrocarriles, a saber, el de Arica a Tacna y el de Arica a La Paz.

El primero recorre una región árida hasta Tacna, o sea una distancia aproximada de 40 millas, y constituye el medio de transporte de los productos de un valle muy fértil. Se había intentado extender esta línea férrea hasta La Paz, Bolivia, pero se ha economizado enormemente, por el hecho de haberse construido el ferrocarril de Arica a La Paz. Sin embargo, la empresa paga un dividendo nominal a los accionistas ingleses.

El ferrocarril de Arica a La Paz fué construido por el gobierno chileno; pero Bolivia, por medio de un 3 por 100 anual de fondo de amortización, paga la parte de la línea que se extiende dentro de sus fronteras.

Este ferrocarril, cuya longitud total es de 248 millas (119 millas en Bolivia), es el más corto de los tres que hay del Pacífico a La Paz. El costo de su construcción ascendió a más de 15.000.000 de pesos, citándosele como un ferrocarril que ofrece mil maravillas.

De Arica la línea se extiende hacia el Nordeste y a poca distancia empieza a ascender por un verdadero erial que carece enteramente de agua, en dirección a la cima de Los Andes.

La región que se recorre es tan escabrosa, que cuando los ingenieros hicieron los reconocimientos y trazaron la línea, con frecuencia se vieron obligados a abrir un sendero por medio de barrenos a través de las rocas, para poder subir por el lado de las montañas.

Por de contado que los constructores de esta línea férrea tuvieron que sufrir muchas penalidades y vencer innúmeros inconvenientes. Allí no se podía encontrar agua potable, alimentos o combustible, y era necesario traerlos de una gran distancia. En todas partes se tropezaba con dificultades desde el punto de vista de la ingeniería. Fué necesario abrir muchos túneles a través de las estribaciones de las montañas y construir numerosos puentes sobre las barrancas y quebradas. En los lugares en que los declives eran mayores, se utilizó el sistema de cremallera. La línea atraviesa la vertiente de la montaña a una altura de unos 14.108 pies.

El último clavo fué clavado en 1913, y hoy se hace el viaje de La Paz hasta el mar en 12 horas menos.

A principios de 1914 había un tren de pasajeros semanal que corría en ambas direcciones. También tiene vagones camas, y se espera que muy pronto se mejore notablemente el servicio de trenes.

Dícese que el transporte de carga es cada día mayor, y una línea ramal que se construyó recientemente hasta el distrito minero de Corocoro contribuirá al aumento de la carga que transporta dicha vía férrea.

Al Sur de Arica se hallan los tres puertos de embarque de salitre de Pisagua, Iquique y Patillos, todos los cuales son estaciones terminales de los ferrocarriles salitreros, floreciente red ferroviaria perteneciente a ingleses y que explotó unas 377 millas, entre vías principales y ramales, que recorren una gran parte de la faja de terreno salitrero.

Iquique, puerto principal, población en la cual nunca llueve, tiene muchos adelantos modernos, tales como tranvías, luz eléctrica, etc.

Los próximos puertos dignos de mención son Mejillones y Antofagasta, estaciones terminales del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, que es la línea particular más importante que hay en Chile y Bolivia, y una de las que produce mejores dividendos en Sud América.

Una cuarta parte de la producción del salitre de Chile se exporta por los dos puertos que se acaba de mencionar.

Por más que Mejillones tiene una bahía excelente, comparada con la bahía Morena, de Antofagasta, esta última reviste mayor importancia que la primera.

El ferrocarril de Antofagasta a Bolivia proporciona acceso a algunos de los paisajes montañosos más bellos de la América del Sur. Esta línea sólo tiene una entrevía de dos pies seis pulgadas y, sin embargo, los trenes corren a un grado de velocidad regu-

En Conchi, situada a unas 32 millas más allá de Calama, a una altura de cerca de 10.000 pies, se vuelve a cruzar el río Loa por un viaducto que, según se dice, es el más alto del mundo. Este viaducto se compone de seis tramos de vigas caladas de 80 pies cada uno, apoyados sobre torres de caballetes de acero, siendo así que la vía queda a 336 pies sobre el torrente.

La Compañía del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia ha construido en San Pedro, situado a una distancia de 33 millas más allá de Calama, un gran servicio de tanque y cañerías de agua, cuyo costo asciende a unos 5.000.000 de pesos, con el fin de suministrar unas 6.000 toneladas de agua potable diarias a las salitreras y a Antofagasta, que se halla a una distancia de 193 millas.

Subiendo entre las montañas hasta más allá de los enormes volcanes coronados de nieve, el San Pedro y el San Pablo (el primero de los cuales está en erupción), y abriéndose paso por entre un lecho de hirviente lava, que tiene más de 500 yardas de ancho, el ferrocarril llega a Ascotán, cima de la vertiente de la montaña, que está a una elevación de 13.000 pies sobre el nivel del Pacífico. A medida que la línea desciende hacia la frontera de Bolivia, pasa por un lago de bórax que tiene 24 millas de longitud y que es el más grande de su clase en el mundo.

Un ramal de 60 millas de longitud se extiende desde Ollagüe, que se halla a una distancia de 270 millas de Antofagasta, y llega hasta las minas de cobre de Collahuasi, a una altura de 15.809 pies, es decir, 28 pies más altas que la cima del Monte Blanco, la más elevada de Europa.

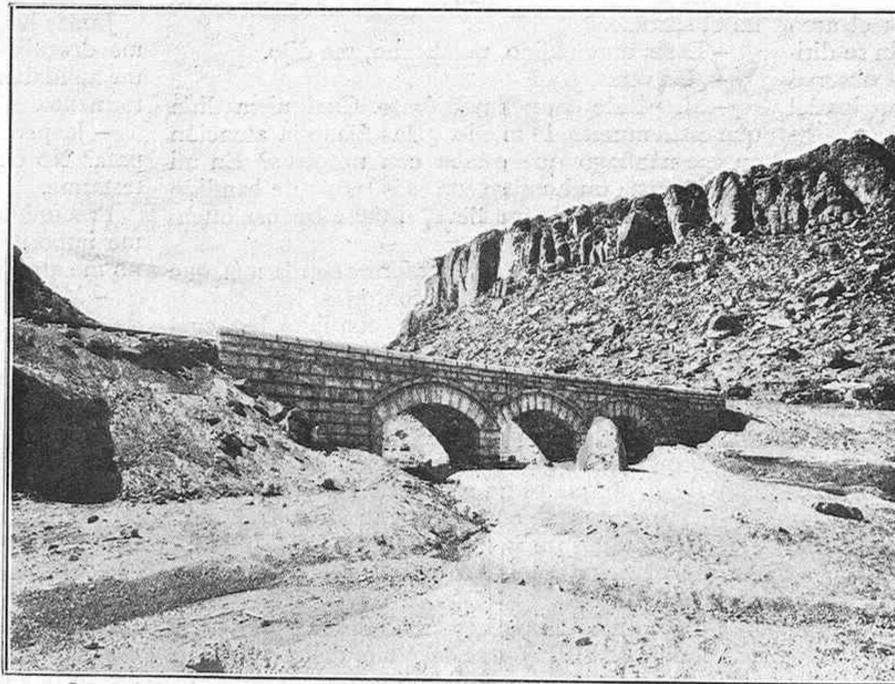
El ferrocarril penetra en Bolivia cinco millas más allá de Ollagüe, y se extiende hacia el Norte por una vasta meseta hasta Uyuni, Río Mulato y Oruro. Una línea independiente, que tiene 20 millas de longitud, se extiende hasta las minas de plata de Huanchaca, y empalma en Uyuni con el ferrocarril de Antofagasta.

La construcción de esta corta línea resultó muy costosa, porque fué necesario abrir un túnel de dos millas de longitud a través de las montañas, para poder trazar la vía. Hay un ramal, arrendado por el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, que pertenece al ferrocarril de Bolivia, el cual se extiende desde Río Mulato, que está a 445 millas del Pacífico, hasta Potosí, ciudad situada a una distancia de 108 millas.

Para llegar a esta antigua ciudad, que floreció mucho antes de que John Smith desembarcara en las playas de Virginia, fué necesario construir carriles o vías hasta a una elevación de 15.814 pies, altura que sólo una línea férrea sobrepaja en el mundo. El ramal Potosí, por el cual se tiene un servicio bisemanal de trenes mixtos, se ha trazado hasta Sucre, antigua capital de Bolivia.

La línea principal del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia continúa hacia el Norte y pasa por el misterioso Lago Poopó, que tiene 50 millas de longitud por 30 de ancho, el cual puede navegarse en vapores, recibe 212.000 pies cúbicos de agua por minuto y descarga únicamente 2.000 pies cúbicos durante el mismo período de tiempo.

Pronto se llega a la estación terminal de Oruro, ciudad que tiene 20.970 habitantes. En este lugar



Puente sobre el río Mauri

lar, y la vía se conserva en muy buenas condiciones.

La línea principal empieza en Antofagasta, que se halla a una distancia de 590 millas al Norte de Valparaíso. Un tren de pasajeros con vagones camas y comedor hace viajes bisemanales y llega hasta La Paz, Bolivia, que está situada a una distancia de 720 millas, en unas 45 horas.

También corren trenes mixtos, pudiendo los vagones de carga que usa esta empresa conducir una carga de 20 toneladas.

Los trenes empiezan a subir en seguida que salen de la costa del Pacífico, y en las 18 primeras millas llegan a 1.800 pies. Antes de atravesar el Ferrocarril Longitudinal, que se halla a una distancia de 60 millas del mar, la línea principal penetra en la gran región de salitre, por la cual se extiende hasta una distancia de más de 30 millas. En 1912 se condujeron por este ferrocarril 873.212 toneladas entre salitre y tierra salitrosa.

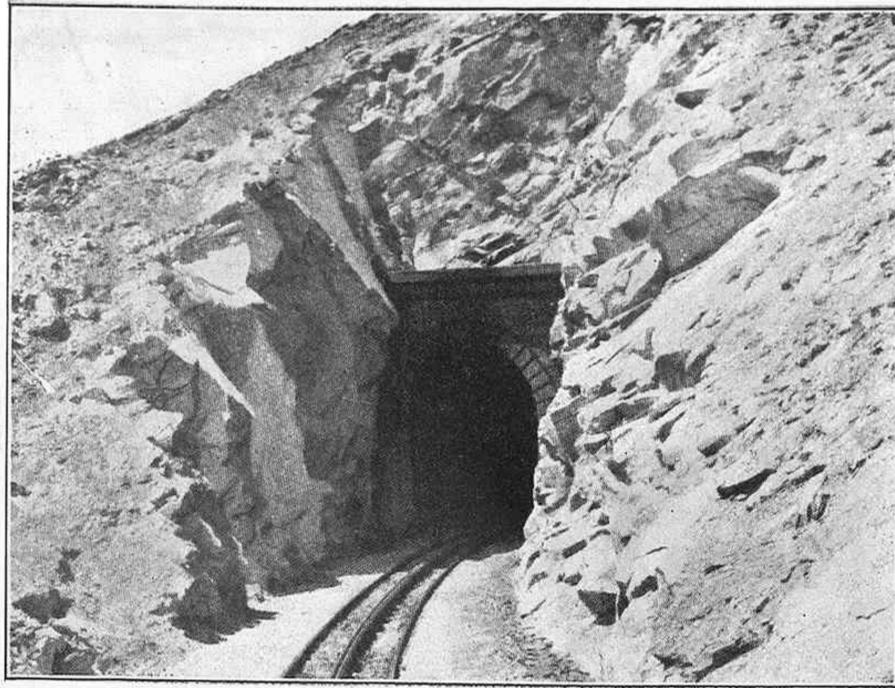
Los trenes siguen siempre subiendo, atraviesan el río Loa y, por último, llegan a Calama, situada a una distancia de 148 millas del mar y a una altura de 7.400 pies. Esta antigua población ha sido un gran centro de minas de cobre desde la época de los incas.

los pasajeros que van para La Paz, situada a una distancia de 145 millas, hacen un cambio y toman el ferrocarril de Brasil a Bolivia, que tiene una entavía más ancha y está arrendado por el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia y se extiende hasta Viacha, que se halla a una distancia de 126 millas.

El último tramo de 19 millas corresponde al ferrocarril de Guaqui a La Paz, que pertenece a una compañía peruana. En los momentos en que se escribió este artículo, la empresa del ferrocarril de Antofagasta a Bolivia había terminado, prácticamente, una línea propia entre Viacha y La Paz.

La famosa y antigua ciudad de La Paz, que tiene 75.000 habitantes, está situada en un valle, a una altura de más de 12.000 pies sobre el nivel del mar, y es la capital más alta del mundo, siendo así que en este particular sobrepasa en varios centenares de pies a Lasa, renombrada capital del Tibet, en Asia.

La Compañía del ferrocarril de Bolivia fué organizada en 1907 en los Estados Unidos, y posee una concesión perpetua de la República de Bolivia para la construcción de líneas férreas en dicha República, cuya extensión



Túnel en el ferrocarril de Arica a La Paz

cilitará grandemente la explotación de los inmensos recursos naturales de aquella República. (Del Boletín de la Unión Panamericana.)

total asciende aproximadamente a 773 millas. Esta extensión incluye el ferrocarril que arranca de Oruro, estación terminal del Norte del ferrocarril de Antofagasta y Bolivia, hasta Viacha, situada a una distancia de 126 millas.

Hasta el 13 de diciembre de 1913, en la línea de Oruro a Viacha, se había gastado 6.237.345 pesos. El ferrocarril de Bolivia también ha construido ya, o se propone construir, las siguientes líneas férreas: 1.ª De Oruro a Cochabamba, 132 millas, en la cual hasta el 31 de diciembre de 1913 se habían gastado 10.820.900 pesos; 2.ª De Río Mulato a Potosí, 106 millas, en la cual hasta el 31 de diciembre de 1913 se habían gastado 8.052.775 pesos; 3.ª De Uyuni, en el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, hasta Tupiza, en la cual hasta el 31 de diciembre de 1913 se habían gastado 2.564.944 pesos; 4.ª De La Paz a Puerto Pando; y 5.ª De Potosí a Sucre, antigua capital, etc. Cuando se terminen estas líneas, Bolivia poseerá una extensa red ferroviaria que fa-

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores o editores

A VASCO NÚÑEZ DE BALBOA. Canto lírico, por Samuel A. Lillo. — En un certamen poético recientemente abierto por la Universidad de Chile en homenaje a la memoria de Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Mar del Sur, ha obtenido el primer premio la composición del señor Lillo cuyo título encabeza estas líneas. El mejor comentario que podemos hacer de ella es reproducir el juicio que mereció a los señores que componían el jurado y que dice así: «Es una poesía vigorosa, de gran valor descriptivo, escrita en versos fáciles y sonoros, llena de inspiración y sano entusiasmo. Su vocabulario es escogido sin ser rebuscado. Hay en el curso de la composición un animado retrato de Vasco Núñez de Balboa y una alusión muy oportuna a la grandiosa obra de la apertura del Istmo de Panamá. Responde, nos parece, este canto mejor que otro alguno de los presentados, al propósito universitario de rendir un homenaje poético al descubridor del Mar del Sur.» Un folleto de 22 páginas impreso en Santiago de Chile en la imprenta «Barcelona».

\*\*

DISCURSOS DEL EXCELENTÍSIMO SR. D. ANGEL URZÁIZ EN EL ÚLTIMO PERÍODO DE CORTES. — Comprende este folleto los discursos pronunciados por el Sr. Urzáiz en 27 y 28 de enero y en 1.º, 2 y 3 de febrero últimos en el Congreso con motivo de la discusión del proyecto de construcciones navales y habilitación de puertos militares, y en 10 de febrero en la discusión del proyecto sobre subsistencias. Son dos trabajos parlamentarios notabilísimos que a su tiempo fueron comentados con gran elogio por la opinión imparcial, en la que cuenta con muchos y entusiastas admiradores el ilustre exministro de Hacienda. Precede a estos discursos un prólogo de D. F. Andoño en el que se traza la biografía del Sr. Urzáiz y se estudia la labor realizada por él en su larga y brillante carrera política. Un tomo de 126 páginas impreso



# HENO DE PRAVIA

Es el aroma exhalado por las flores más delicadas.

en Madrid en el establecimiento tipográfico de A. Marzo.

\*\*

JUVENTUD ARGENTINA. MEMORIA. — Se ha publicado la Memoria reglamentaria leída en la Asamblea celebrada el día 16 de enero último en esta ciudad por la «Juventud Argentina». En ella se tratan varios asuntos de interés y se expone la marcha progresiva de la sociedad. Un folleto de 16 páginas impreso en Barcelona en la imprenta de Francisco Borrás.

\*\*

MANUAL PRÁCTICO DEL AUTOMOVILISTA Y DEL PILOTO AVIADOR, por el Dr. G. Pedretti. Traducción de la 3.ª edición italiana por el Dr. E. Ruiz Ponselli. — Este libro es útil no sólo a los mecánicos profesionales sino también a cuantos han de intervenir en la adquisición o en el cuidado de automóviles. Consta de cuatro partes: en la primera se estudia minuciosamente la constitución y funcionamiento de toda clase de automóviles; la segunda constituye la verdadera guía práctica del *chauffeur*, estudiándose en ella el modo de conducir un automóvil, la localización de las averías, los métodos más prácticos y expeditos para efectuar las reparaciones sin más elementos que los que lleva el *chauffeur* en su caja de herramientas, y contiene un capítulo especial dedicado a las motocicletas y a las embarcaciones automóviles; la tercera está dedicada a los reglamentos que regulan la circulación por las carreteras, a las tarifas tributarias y a cuanto interesa al *chauffeur* para su higiene y seguridad personal, dándose consejos precisos para los casos de accidente, y la cuarta es un estudio completo del manejo de los globos dirigibles y de los aeroplanos más modernos, así como de los motores más ligeros que han hecho posible la conquista del aire. La edición española de este libro ha sido aumentada con un extenso capítulo en el que se da la descripción técnica de los últimos modelos de automóviles puestos en circulación por las principales casas constructoras de Europa y América. Un tomo de 864 páginas con 932 grabados, encuadernado en cuero artificial, 12 pesetas.



La Anunciación, pintura de Juan Llimona que recientemente ha sido colocada en la puerta del Ave María de la iglesia de Nuestra Señora del Pino de esta ciudad. (Fot. Serra.)

Juan Llimona es uno de los pocos artistas catalanes que hoy cultivan la pintura religiosa. Su carácter, su temperamento y sus sentimientos le permiten abordar con singular acierto este género para el cual se requieren aptitudes especiales que en vano tratará de buscar en el estudio quien no esté dotado de un alma especialmente dispuesta a identificarse con los grandes ideales que la religión representa.

Hombre de profundas y arraigadas creencias, pinta sus cuadros con verdadera unción, y así

vemos en todos ellos una expresión de poético misticismo que les presta singular encanto y que llega a lo más hondo del corazón de quien los contempla.

Su bellísima *Anunciación* es una elocuente prueba de lo que decimos; esas dos figuras, trazadas con una sobriedad y con un sentimiento que recuerdan las obras análogas de los mejores prerrafaelistas, inspiran verdadera devoción, y el cuadro, en su conjunto, nos ofrece, dentro de su cautivadora sencillez, toda la grandiosidad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.

**DENTIFRICOS  
HIGEIA**  
ELIXIR  
POLVOS  
CREMA

**AVISO A  
LAS SEÑORAS**  
EL ANIOL DE LOS  
DÍAS  
JORET-HOMOLLE  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F. G. SEGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

## ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

PARA CURAR SIN MOLESTIA  
CALLOS Y DUREZAS  
CALICIDA  
ESCRIVÁ  
ES EL  
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

## ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

### PARA ELLAS

por D. ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR  
Colección de novelitas y cuentos dedicada a las señoras.  
Un tomo lujosamente encuadernado a 5 pesetas para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

### LA ATMÓSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA  
Obra escrita por CAMILO FLAMMARIÓN  
Dos tomos ricamente encuadernados a 5 pesetas uno para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

**HIPOFOSFITOS SALUD**  
COMBATE  
**ANEMIA**  
**ESCROFULISMO**  
**NEURASTENIA**  
**INAPETENCIA**

## DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA